

UNA HISTORIA DE  
LA SELECCIÓN



LA REINA

KIERA CASS

Lectulandia

**Antes del inicio de la historia de America Singer, otra chica llegó a palacio para competir por la mano de otro príncipe...**

*La Reina* se sitúa en el tiempo antes de lo sucedido en *La Selección* y está narrado desde el punto de vista de Amberly, la madre del príncipe Maxon. Descubre cómo se conocieron los padres de Maxon y la historia de cómo una chica ordinaria llamada Amberly se convirtió en una reina muy amada.

**Lectulandia**

Kiera Cass

# **La Reina**

**La Selección - 0.5**

ePub r1.3

Titivillus 24.10.15

Título original: *The Queen*  
Kiera Cass, 2014  
Traducción: Jorge Rizzo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Capítulo 1

Solo llevaba dos semanas y aquel era mi cuarto dolor de cabeza. ¿Cómo iba a explicarle algo así al príncipe? Como si no me bastara con que casi todas las chicas que quedaban fueran Doses. Como si mis doncellas no tuvieran suficiente trabajo haciendo todo lo posible para suavizar mis manos endurecidas por el trabajo. En algún momento, tendría que hablarle de aquel malestar que se presentaba una y otra vez sin previo aviso. Bueno, si es que en algún momento se fijaba en mí. La reina Abby estaba sentada en el otro extremo de la Sala de las Mujeres, casi como si quisiera poner espacio de por medio. Por el ligero escalofrío que parecía recorrerle los hombros, tenía la sensación de que no estaba precisamente encantada de tenernos allí.

Le tendió la mano a una doncella, que se puso a hacerle una manicura perfecta. Sin embargo, incluso con todos aquellos cuidados, la reina parecía irritada. No lo entendía, pero intenté no juzgarla. Si yo perdiera a un marido tan joven, como le había pasado a ella, quizá también me habría endurecido. Había tenido suerte de que Porter Schreave, el primo de su difunto marido, la hubiera acogido como su propia consorte, cosa que le había permitido mantener la corona.

Examiné la sala, observando a las otras chicas. Gillian era una Cuatro como yo, pero una Cuatro como mandan los cánones: sus padres eran ambos chefs de cocina y, por la descripción que hacía de nuestras comidas, tenía la sensación de que ella había escogido la misma profesión. Leigh y Madison estaban estudiando Veterinaria y visitaban los establos siempre que se lo permitían.

Sabía que Nova era actriz y que tenía montones de fans que la adoraban y que deseaban verla en el trono. Uma era gimnasta, y tenía un cuerpo menudo y gracioso, incluso cuando no se movía. Varias de las Doses ni siquiera habían decidido aún qué querían ser. Supongo que si alguien me pagara los gastos, me diera de comer y un techo bajo el que vivir, a mí tampoco me preocuparía mucho.

Me froté mis doloridas sienes y sentí la piel agrietada y encallecida sobre la frente. Paré y me miré las manos, estropeadas.

Era imposible que me escogiera.

Cerré los ojos y pensé en la primera vez que había visto al príncipe Clarkson. Recordaba la sensación que tuve cuando estreché mi mano con la suya, tan fuerte. Menos mal que mis doncellas me habían encontrado unos guantes de encaje, o me habría enviado a casa en aquel mismo momento. Estuvo formal, educado e inteligente. Todo lo que se espera de un príncipe.

En las dos semanas anteriores ya había visto que no sonreía mucho. Parecía como si temiera que lo fueran a juzgar por encontrarle la gracia a las cosas. Pero, desde luego, cuando sonreía se le iluminaban los ojos. Aquel cabello rubio pajizo, los ojos de un azul claro, aquella apostura... Era perfecto.

Desgraciadamente, yo no. Pero debía de haber un modo de hacer que el príncipe Clarkson se fijara en mí.

*Querida Adele:*

Sostuve la pluma en el aire un minuto, consciente de que aquello no serviría de nada. Aun así...

*Me encuentro muy bien en palacio. Es bonito. Bueno, es más que bonito, es enorme, pero no sé si sería capaz de encontrar las palabras adecuadas para describirlo. En Angeles el ambiente también es cálido, pero diferente del de casa. Tampoco sé cómo explicarte eso. ¿No sería fantástico si pudieras venir, ver y oler todo esto por ti misma? Y sí, hay mucho que oler.*

*En cuanto a la competición, aún no he pasado ni un segundo a solas con el príncipe.*

La cabeza me dolía mucho. Cerré los ojos, respirando despacio, obligándome a concentrarme.

*Estoy segura de que has visto por televisión que el príncipe Clarkson ya ha enviado a ocho chicas a casa, todas ellas Cuatros, Cincos, y esa Seis. Quedan otras dos Cuatros, y unas cuantas Tresas. Me pregunto si se espera de él que escoja una Dos. Supongo que tendría sentido, pero lo lamentaría mucho.*

*¿Podrías hacerme un favor? ¿Puedes preguntarles a mamá y a papá si por casualidad no tenemos a algún primo o alguien en las castas más altas? Tendría que habérselo preguntado yo antes de irme. Me resultaría muy útil.*

Me estaba invadiendo aquella sensación de náusea que a veces llega con los dolores de cabeza.



*Tengo que dejarte. Aquí no dejan de pasar cosas. Te volveré a escribir muy pronto.*

*Con todo mi cariño,  
AMBERLY*

Me sentía débil. Doblé la carta y la metí en el sobre, donde ya había escrito la dirección. Volví a frotarme las sienes, con la esperanza de que la suave presión me aliviara un poco, aunque no lo hacía.

—¿Estás bien, Amberly? —me preguntó Danica.

—Oh, sí —mentí—. Debe de ser el cansancio, o algo así. Quizá vaya a dar un paseo, a ver si así me circula la sangre.

Sonreí a Danica y a Madeline, y salí de la Sala de las Mujeres en dirección al baño. Un poco de agua fría en el rostro no me estropearía el maquillaje, y quizá me hiciera sentir algo mejor. Pero antes de llegar volví a sentir aquel mareo. Apoyé la cabeza contra la pared esperando que pasara y me dejé caer, poniéndome en cuclillas.

Aquello no tenía ningún sentido. Todo el mundo sabía que el aire y el agua del sur de Illéa eran malos. Incluso algunos Doses tenían problemas de salud. Pero ahora que contaba con el aire limpio, la buena comida y todos los cuidados de palacio, ¿no debería pasármeme?

Así nunca tendría ocasión de darle una buena impresión al príncipe Clarkson. ¿Y si no me recuperaba para el juego de cróquet de la tarde? Era como si mis sueños se me escaparan de entre los dedos. Quizá fuera mejor asumir la derrota lo antes posible. Dolería menos a largo plazo.

—¿Qué haces?

Me separé de la pared instintivamente y vi que el príncipe Clarkson me miraba.

—Nada, alteza.

—¿No te encuentras bien?

—Sí, claro que me encuentro bien —dije, poniéndome en pie. Pero aquello fue un error. Las piernas me fallaron... y caí al suelo.

—¿Qué te pasa? —dijo él, situándose a mi lado.

—Lo siento —murmuré—. Esto es humillante.

—Cierra los ojos si te mareas —dijo, al tiempo que me cogía en brazos—. Vamos a la enfermería.

Aquello sí que sería una buena anécdota para contársela a mis hijos: que, un día, el rey me llevó por el palacio en brazos, como si fuera una pluma. Me gustaba estar entre sus brazos. Siempre me había preguntado qué se sentiría.

—Oh, Dios mío —exclamó alguien.

Abrí los ojos y vi que era una enfermera.

—Creo que está débil. No sé qué le pasa —dijo Clarkson—. No parece que tenga lesiones.

—Déjela aquí, alteza, por favor.

El príncipe Clarkson me puso sobre una de las camas que había en aquella sala y retiró los brazos con cuidado. Esperaba que pudiera ver el agradecimiento en mis ojos.

Supuse que se iría de inmediato, pero se quedó allí, de pie, mientras la enfermera me tomaba el pulso.

—¿Has comido algo hoy, querida? ¿Has bebido bastante?

—Acabamos de desayunar —respondió él por mí.

—¿Te encuentras mal?

—No. Bueno, sí. Quiero decir... En realidad, no será nada —dije, con la esperanza de que pareciera poca cosa, para poder llegar a tiempo al partido de cróquet.

Ella me miró con una expresión severa y dulce a la vez.

—Siento disentir, pero era necesario que te trajeran aquí.

—Me ocurre constantemente —respondí, desanimada.

—¿Qué quieres decir?

No era mi intención confesar aquello. Suspiré, intentando encontrar una explicación. Ahora el príncipe vería el daño que me había hecho la vida que llevaba en Honduras.

—Tengo frecuentes dolores de cabeza. Y a veces me provocan mareos —dije, tragando saliva y preocupada por lo que pudiera pensar el príncipe—. En casa solía acostarme horas antes que mis hermanos, y eso me ayudaba a aguantar la jornada de trabajo. Aquí es más difícil dormir tantas horas.

—Mmmmm. ¿Algo más, aparte de los dolores de cabeza y el cansancio?

—No, señora.

Clarkson se acercó un poco más. Esperaba que no pudiera oír lo fuerte que me latía el corazón.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes este problema? Me encogí de hombros.

—Unos años, quizá más. Para mí es algo normal.

—¿Existen antecedentes de esta dolencia en tu familia? —preguntó la enfermera, preocupada.

Hice una pausa antes de responder.

—No exactamente. Pero a mi hermana a veces le sangra la nariz.

—¿No será que procedes de una familia enfermiza? —dijo Clarkson, con una nota de decepción en la voz.

—No —respondí, a modo de defensa y al mismo tiempo algo avergonzada—. Es que vivo en Honduras.

—Ah —dijo él, levantando las cejas. Aparentemente, lo entendía.

En el sur había mucha polución; aquello no era ningún secreto. El aire estaba contaminado. El agua también. Había muchos niños con deformidades, mujeres estériles y muertes prematuras. Cuando los rebeldes hacían incursiones, dejaban tras



de sí un rastro de grafitis exigiendo respuestas de palacio a todo aquello. Lo raro era que toda mi familia no estuviera tan enferma como yo. O que yo no estuviera peor.

Respiré hondo. ¿Qué estaba haciendo en aquel lugar? Me había pasado las semanas anteriores a la Selección construyendo este cuento de hadas en mi mente. Pero, por mucho que lo deseara o que lo soñara, nunca sería digna de un hombre como Clarkson.

Me volví para que no me viera llorar.

—¿Puede dejarme sola, por favor?

Hubo unos segundos de silencio; luego oí sus pasos al alejarse. En el momento en que dejaron de oírse, me vine abajo.

—Tranquila, niña. No pasa nada —me consoló la enfermera. Estaba tan triste que me abracé con fuerza a ella, como habría abrazado a mi madre o a mis hermanos—. Esta competición provoca grandes tensiones, y eso el príncipe Clarkson lo entiende. Le diré al médico que te recete algo para el dolor de cabeza. Ya verás cómo te ayuda.

—Llevo enamorada de él desde que tenía siete años. Cada año le he cantado el cumpleaños feliz en voz baja, contra la almohada, para que mi hermana no se riera de mí por recordarlo. Cuando aprendí a escribir en caligrafía inglesa, practicaba escribiendo nuestros nombres juntos..., y resulta que, la primera vez que me dirige la palabra, me pregunta si soy una chica enfermiza. —Hice una pausa y dejé escapar un sollozo—. Nunca lo conseguiré.

La enfermera no intentó discutir conmigo. Se limitó a dejarme llorar mientras le embadurnaba el uniforme con mi maquillaje.

Estaba avergonzadísima. Seguro que, en el futuro, para Clarkson no sería más que la chica enfermiza que había enviado a casa. Estaba convencida de que había perdido la oportunidad de ganarme su corazón. No habría una segunda opción.

## Capítulo 2

**R**esultó que al cróquet solo pueden jugar seis jugadores a la vez, lo cual a mí me iba de perlas. Me senté y observé, intentando comprender las reglas por si llegaba mi turno, aunque tenía la sensación de que acabaríamos aburriéndonos todos y de que el juego terminaría antes de que todas pudiéramos jugar.

—¡Fíjate, qué brazos! —suspiró Maureen.

No me hablaba a mí, pero yo miré igualmente. Clarkson se había quitado la chaqueta y se había subido las mangas. Estaba muy, muy guapo.

—¿Cómo puedo conseguir que me llegue a rodearme con ellos? —bromeó Keller—. No es fácil fingir una lesión jugando al cróquet.

Las otras chicas se rieron. Clarkson miró hacia ellas esbozando una sonrisa. Siempre era así: todo lo hacía de un modo discreto. Ahora que lo pensaba, nunca le había oído reírse. Quizá sí, alguna risa corta inesperada, pero no había nada que le hiciera tan feliz como para estallar en una carcajada.

Aun así, la sombra de una sonrisa en su rostro bastó para dejarme de piedra. A mí ya me valía.

Los equipos iban desplazándose por el campo. Cuando el príncipe se situó cerca, no pude evitar los nervios. Cuando una de las chicas consiguió dar un golpe certero, Clarkson me miró por un momento sin mover la cabeza. Yo levanté la vista, y él volvió a centrarse en el juego. Algunas chicas aplaudieron el golpe, y él se acercó.

—Ahí han puesto una mesa con refrescos —dijo en voz baja, sin establecer contacto visual—. A lo mejor te convendría beber un poco de agua.

—No tengo sed.

—¡Bravo, Clementine! —le gritó a una chica que había dado otro tiro certero—. Aunque así sea. La deshidratación puede agravar los dolores de cabeza. Puede que te convenga.

Sus ojos se encontraron con los míos... y pasó algo. No era amor, seguramente ni siquiera afecto, pero sí algo un grado o dos más allá de la preocupación desinteresada.

Sabía que no podía decirle que no, así que me puse en pie y me acerqué a la mesa. Me empecé a servir agua, pero una doncella me quitó la jarra de la mano.

—Perdón —murmuré—. Aún no me acostumbro.

—No pasa nada —dijo ella, sonriendo—. Tome algo de fruta. En un día tan cálido resulta muy refrescante.

Me quedé de pie junto a la mesa, comiendo uvas con un tenedor diminuto.

Aquello también tenía que contárselo a Adele: cubiertos para comer fruta.

Clarkson me miró unas cuantas veces, aparentemente comprobando que le hubiera hecho caso. No sabría decir si habían sido la comida o sus atenciones lo que me había puesto de buen humor.

No me llegó el turno de jugar.

Pasaron tres días más antes de que Clarkson volviera a hablarme.

Estábamos acabando de cenar. El rey se había excusado sin demasiada ceremonia, y la reina casi había dado cuenta de una botella de vino ella sola. Algunas de las chicas empezaron a despedirse con una reverencia, para no ver a la reina, que apoyaba la cabeza en un brazo, cada vez más aletargada. Yo era la única que quedaba en mi mesa, decidida a acabar hasta el último bocado de tarta de chocolate.

—¿Cómo te encuentras, Amberly?

Levanté la cabeza de golpe. Clarkson se había acercado sin que me diera cuenta. Di gracias a Dios de que no me hubiera pillado con la boca llena.

—Muy bien. ¿Y usted?

—Estupendamente, gracias.

Hubo un breve silencio, mientras esperaba que dijera algo más. ¿O se suponía que debía hablar yo? ¿Había reglas que determinaran quién tenía que hablar primero?

—Me acabo de dar cuenta de lo largo que tienes el pelo —comentó.

—Oh —exclamé, riéndome un poco al tiempo que bajaba la mirada. El cabello me llegaba casi hasta la cintura en esos días. Aunque me costaba mucho peinarlo, resultaba muy adecuado para hacerme recogidos, algo esencial para el trabajo en la granja —. Sí. Me va bien para hacer trenzados, que en casa me resultaban útiles.

—¿No te resulta incómodo, tan largo?

—Hum... No sé, alteza. —Me pasé los dedos por entre el cabello. Llevaba la melena limpia y peinada. Quizá yo no lo veía, y me daba cierto aspecto descuidado —. ¿Usted qué piensa?

Él ladeó la cabeza.

—Tiene un color muy bonito. No sé si te quedaría mejor algo más corto. —Se encogió de hombros y se dispuso a marcharse —. Solo era una idea —dijo, girándose mientras se alejaba.

Me quedé allí sentada un momento, pensando. Unos segundos más tarde abandonaba mi tarta y me dirigía a la habitación. Mis doncellas estaban allí, esperándome, como siempre.

—Martha, ¿tú te atreverías a cortarme el pelo?

—Por supuesto, señorita. Cortándole un par de centímetros se mantendrá más sano —respondió, dirigiéndose al baño.

—No —dije yo —. Lo quiero corto.

Ella se paró de golpe.

—¿Cómo de corto?

—Bueno..., por debajo de los hombros, pero ¿quizás a la altura de las escápulas?

—¡Eso es más de un palmo, señorita!

—Pues sí. ¿Puedes hacerlo?

Fui al baño yo también, pasando por delante de ella.

—Creo que es hora de hacer algún cambio.

Mis doncellas me ayudaron a quitarme el vestido y me pusieron una toalla sobre los hombros. Martha se puso manos a la obra; cerré los ojos, no muy segura de lo que estaba haciendo. Clarkson pensaba que estaría mejor con el cabello algo más corto, y Martha se aseguraría de que fuera lo suficientemente largo como para poder peinármelo hacia atrás. No había nada que perder.

No me atreví a mirar siquiera hasta que acabó. Me quedé escuchando el ruido metálico de las tijeras una y otra vez. Notaba que cada vez cortaba con más precisión, asegurándose de dejarlo todo uniforme. Poco después, se detuvo.

—¿Qué le parece, señorita? —me preguntó, no muy convencida.

Abrí los ojos. Al principio, ni siquiera noté la diferencia. Pero giré la cabeza ligeramente y una parte de mi cabello cayó más allá del hombro. Tiré de otro mechón hacia el otro lado, y era como si tuviera el rostro rodeado por un marco color caoba.

Clarkson tenía razón.

—¡Me encanta, Martha! —exclamé, casi sin aliento, acariciándome los mechones por todas partes.

—Le da un aspecto mucho más maduro —añadió Cindly.

—Sí, ¿verdad? —dije yo, asintiendo.

—¡Un momento, un momento! —exclamó Emon, que corrió hacia el joyero.

Buscó y rebuscó, como si quisiera algo en particular. Por fin sacó un collar con unas piedras brillantes rojas. No había tenido valor de ponérmelo aún.

Me recogí el pelo, pues supuse que querría que me lo probara, pero ella tenía otra idea. Lo colocó con suavidad sobre mi cabeza. Era tan elaborado que recordaba vagamente una corona.

Mis doncellas contuvieron una exclamación, pero yo me quedé sin aliento.

Había pasado muchos años imaginándome al príncipe Clarkson como mi marido, pero nunca lo había visto como el chico que podría convertirme en princesa. Por primera vez me di cuenta de que aquello también lo deseaba. No tenía muchos contactos ni procedía de una familia rica, pero tenía la sensación de que no solo podría cumplir con el papel, sino que lo haría eficazmente. Siempre había creído que encajaría bien con Clarkson, pero quizá también fuera una buena opción para la monarquía.

Me miré al espejo y, además de imaginar el apellido Schreave detrás de mi nombre, me imaginé el cargo de «princesa» delante. En aquel instante, me di cuenta de que no solo lo deseaba a él; también quería la corona como nunca antes.

## Capítulo 3

*L*e pedí a Martha que me buscara una cinta para el pelo con pedrería que pudiera ponerme por la mañana y me dejé el pelo suelto. Nunca me había hecho tanta ilusión ir a desayunar. Estaba segura de estar guapa, y no veía el momento de comprobar si Clarkson también lo pensaba.

Si hubiera sido más lista habría llegado de las primeras, pero me entretuve con otras chicas, con lo que perdí la ocasión de reclamar la atención del príncipe. Cada pocos segundos miraba en dirección a la cabecera de la mesa, pero Clarkson estaba pendiente de su comida, cortando sus gofres con jamón con la máxima diligencia; solo apartaba la vista de vez en cuando para observar unos papeles que tenía al lado. Su padre prácticamente se limitaba a beber café; apenas comía alguna cucharada coincidiendo con alguna pausa en la lectura de sus documentos. Supuse que Clarkson y él estarían repasando la misma información; que ambos empezaran tan pronto quería decir que iban a tener un día muy ocupado. La reina no había aparecido, y aunque la palabra «resaca» nunca se decía en voz alta, todos la teníamos en mente.

Una vez acabado el desayuno, Clarkson salió con el rey, a hacer lo que fuera que hacían para que nuestro país funcionara como se esperaba.

Suspiré. Quizá por la noche.

Ese día, la Sala de las Mujeres estaba tranquila. Ya habíamos agotado todas las conversaciones sobre nuestro pasado: todas nos conocíamos y nos habíamos acostumbrado a estar juntas. Me senté con Madeline y Bianca, como casi siempre. Bianca procedía de una de las provincias vecinas a Honduragua; nos habíamos conocido en el avión. Madeline ocupaba la habitación contigua a la mía, y su doncella había llamado a mi puerta el primer día para pedirles hilo a las mías. Media hora más tarde, más o menos, Madeline se había presentado para darnos las gracias, y nos habíamos hecho amigas enseguida.

Desde el principio, la jerarquía se había impuesto en la Sala de las Mujeres. Estábamos acostumbradas a la separación por grupos ya desde antes de llegar —las del nivel TRES aquí, las del CINCO allá—, así que quizá fuera algo natural que se repitiera el patrón en palacio. Y aunque no nos dividíamos exclusivamente por castas, yo habría deseado que las divisiones no existieran en absoluto. ¿No nos igualaba el hecho de estar todas allí, al menos mientras durara la competición? ¿No estábamos pasando exactamente por lo mismo?

En cualquier caso, en aquel momento daba la impresión de que estábamos atravesando un vacío existencial. No dejaba de desear que ocurriera algo para que

tuviéramos un pretexto para hilar una conversación.

—¿Alguna tiene noticias de casa? —pregunté, intentando iniciar una charla.

—Mi madre me escribió ayer —respondió Bianca, levantando la cabeza—, y me dijo que Hendly se había prometido. ¿Os lo podéis creer? ¿Cuánto hace que se fue? ¿Una semana?

—¿De qué casta es él? —preguntó Madeline, intrigada—. ¿Subirá de casta?

—¡Oh, sí! —exclamó Bianca—. ¡Un Dos! Una cosa así te da esperanzas, ¿no? Quiero decir, que yo era una Tres al salir de casa, pero me gusta la idea de casarme con un actor, en lugar de con un médico aburrido.

Madeline asintió y soltó una risita. Yo no estaba tan segura.

—¿Ya lo conocía antes? Antes de entrar en la Selección, quiero decir.

Biancaladeó la cabeza, como si hubiera preguntado algo ridículo.

—No creo. Ella era una Cinco; él es un Dos.

—Bueno, creo que dijo que procedía de una familia de músicos, así que quizás actuó alguna vez para él —sugirió Madeline.

—Bien pensado —respondió Bianca—. Puede que no fueran dos completos desconocidos.

—Ah... —murmuré.

—¿Están agrias las uvas? —preguntó Bianca.

—No —respondí, sonriendo—. Si Hendly es feliz, me alegro. Pero me resulta un poco raro, eso de casarse con alguien que ni siquiera conoces.

Se hizo una breve pausa hasta que habló Madeline.

—¿Y no estamos haciendo eso mismo nosotras?

—¡No! —exclamé—. El príncipe no es un extraño.

—¿De verdad? Entonces cuéntame todo lo que sepas de él, porque yo tengo la sensación de que no sé nada.

—En realidad..., yo tampoco —confesó Bianca.

Cogí aire, dispuesta a soltar una larga lista de datos sobre Clarkson..., pero, en realidad, no había mucho que contar.

—No digo que sepa sus secretos más íntimos, pero no es como si fuera cualquier chico que pasa por la calle. Hemos crecido con él, le hemos oído hablar en el *Report*, hemos visto su cara cientos de veces. Puede que no sepamos todos los detalles, pero yo tengo una impresión muy clara de lo que es. ¿Vosotras no?

—Creo que tienes razón —dijo Madeline, sonriendo—. No es que hayamos llegado aquí sin saber nada de él.

—Exactamente.

La doncella llegó tan en silencio que no reparé en ella hasta que la tuve junto al oído, susurrándome:

—Se requiere su presencia un momento, señorita.

La miré, confusa. No había hecho nada malo. Me volví hacia las chicas y me encogí de hombros. Me puse en pie y la seguí hacia la puerta.

En el pasillo hizo una reverencia y se fue; me giré y me encontré con el príncipe Clarkson. Estaba allí de pie, con aquella sonrisa a medias en los labios y algo en la mano.

—Estaba dejando un paquete en conserjería, y el jefe de correos tenía esto para ti —dijo, sosteniendo un sobre con dos dedos—. Pensé que te gustaría recibirlo cuanto antes.

Me acerqué todo lo rápido que pude sin perder la compostura y tendí la mano para cogerlo. Su sonrisa se volvió traviesa en el momento en que levantaba el brazo.

Solté una risita, saltando e intentando hacerme con el sobre desesperadamente.

—¡No es justo!

—¡Venga!

No se me daba mal saltar, pero no podía hacerlo con aquellos tacones; incluso con ellos era algo más baja que él. Pero no me importó no conseguirlo, porque en alguno de aquellos intentos fallidos sentí un brazo que me rodeaba la cintura.

Por fin me dio la carta. Tal como sospechaba, era de Adele. El día se estaba llenando de diminutos detalles felices.

—Te has cortado el cabello.

—Sí —dije, levantando la vista de la carta. Me cogí un mechón y me lo pasé por delante del hombro—. ¿Le gusta?

Había algo en sus ojos... no era travesura, ni secretismo.

—Mucho. —Al momento se dio media vuelta y se alejó por el pasillo, sin ni siquiera mirar atrás.

Tenía razón en que sabía cosas de él. Aun así, viéndole en el día a día, me daba cuenta de que había mucho más de lo que había observado en el *Report*. No obstante, eso no me desalentaba lo más mínimo.

Al contrario, era un misterio que me apetecía mucho descubrir.

Sonreí y abrí la carta allí mismo, en el pasillo, bajo una ventana, para ver mejor.

*Queridísima Amberly:*

*Te echo tanto de menos que me resulta doloroso. Tanto como pensar en todos esos vestidos preciosos que te pones y en la comida que debes de estar probando. ¡Ni siquiera puedo imaginar los aromas que olerás! Ojalá pudiera.*

*Mamá casi llora cada vez que te ve en la tele. ¡Pareces una Uno! Si no supiera ya las castas de todas las chicas, estaría convencida de que todas formáis parte de la familia real. Si alguien quisiera, podría fingir que esos números ni siquiera existen. Aunque desde luego para ti no existen, pequeña señorita Tres.*

*Hablando de eso, ojalá hubiera algún Dos perdido por la familia, pero ya sabes que no es así. He preguntado, y hemos sido Cuatros desde*



siempre, y no hay más. Las únicas incorporaciones a la familia dignas de mención no son una buena noticia.

Ni siquiera sé si debería decírtelo, y espero que nadie lea esta carta antes que tú, pero la prima Romina está embarazada. Según parece, se enamoró de un Seis que conduce el camión de reparto de los Rake. Se van a casar este fin de semana, lo cual es un alivio para todo el mundo. El padre (¿por qué no recuerdo su nombre?) se niega a que un hijo suyo se convierta en Ocho, y eso es más de lo que harían algunos hombres más maduros. Así que siento que te pierdas la boda, pero nos alegramos por Romina.

En cualquier caso, esa es la familia que tienes ahora mismo. Un puñado de granjeros y alguna prima que incumple la ley. Tú sigue siendo la preciosa niña cariñosa que todos sabemos que eres: no tengo dudas de que el príncipe se enamorará de ti, sin pensar en tu casta.

Todos te queremos. Sigue escribiendo. Echo de menos oír tu voz. Tu presencia hace que las cosas por aquí parezcan más tranquilas, y creo que no me he dado cuenta de eso hasta que te has ido.

Hasta pronto, princesa Amberly. ¡No te olvides de tu pobre familia cuando te pongan la corona!

## Capítulo 4

**M**artha me estaba desenredando el cabello. Aunque fuera más corto que antes, no era una tarea fácil, teniendo en cuenta lo espesa que era mi melena. En el fondo, esperaba que tardara un buen rato. Era una de las pocas cosas que me recordaban a mi casa. Si cerraba los ojos y contenía la respiración, podía imaginar que era Adele la que me pasaba el cepillo.

Mientras imaginaba el color grisáceo de mi casa y a mi madre tarareando entre los ruidos constantes de las furgonetas de reparto, alguien llamó a la puerta, devolviéndome de nuevo al presente.

Cindly corrió a abrir; acto seguido, hizo una gran reverencia.

—Alteza...

Me puse en pie y me llevé los brazos al pecho en un gesto automático, sintiéndome increíblemente vulnerable. El camisón era finísimo.

—Martha —susurré, apremiándola. Ella deshizo la reverencia y levantó la cabeza—. Mi bata. Por favor.

Martha fue corriendo a traérmela, mientras yo me volvía hacia el príncipe Clarkson:

—Alteza, qué amable al venir a visitarme —saludé, con una reverencia y yo también, para llevarme de nuevo los brazos al pecho, inmediatamente después.

—Quería ir a tomar algo dulce y me preguntaba si querrías acompañarme.

¿Una cita? ¿Había venido a pedirme una cita?

Y yo estaba en camisón, sin maquillaje y con el cabello a medio cepillar.

—Hum... ¿No debería... cambiarme?

Martha me pasó la bata, que me puse enseguida.

—No, estás bien así —insistió, entrando en mi habitación como si fuera la suya propia. Claro que, en el fondo, lo era.

A sus espaldas, Emon y Cindly se escabulleron y abandonaron el lugar. Martha me miró a la espera de recibir instrucciones; al ver que yo asentía, se fue también.

—¿Te gusta tu habitación? —preguntó Clarkson—. Es algo pequeña.

Solté una risa.

—Supongo que a alguien que haya crecido en un palacio puede parecérselo. Pero a mí me gusta.

—No tiene muchas vistas —añadió, acercándose a la ventana.

—Pero me gusta el ruido del agua de la fuente. Y, cuando alguien llega en coche, oigo el crujir de la grava. Estoy acostumbrada a mucho ruido.

—¿Qué tipo de ruido? —dijo él, con una mueca.

—Altavoces con la música fuerte. Nunca había pensado que eso no ocurría en todas las ciudades hasta que llegué aquí. O los motores de los camiones y las motos. Ah, y los perros. Estoy acostumbrada a oír ladridos.

—Menuda serenata nocturna —observó, acercándose—. ¿Estás lista?

Busqué discretamente mis zapatillas, las localicé junto a la cama y fui a ponérmelas.

—Sí.

Él se dirigió a la puerta, me miró y me tendió el brazo. Me mordí el labio para esconder la sonrisa y me fui a su lado.

No parecía gustarle demasiado que le tocaran. Observé que casi siempre caminaba con las manos tras la espalda y que mantenía el paso ligero. Incluso en aquel momento, mientras paseábamos por los pasillos, iba a un ritmo que desde luego no era de paseo.

Teniendo eso en cuenta, el hecho de que hubiera bromeado sobre la carta el otro día y el de que ahora quisiera estar en mi compañía adquirirían un nuevo valor.

—¿Adónde vamos?

—Hay un salón precioso en el segundo piso, con unas vistas excelentes de los jardines.

—¿Le gustan los jardines?

—Me gusta «mirarlos».

Yo me reí, pero lo decía completamente en serio.

Llegamos ante unas puertas dobles abiertas, y pude sentir el aire fresco incluso desde el pasillo. Solo unas velas iluminaban la sala. Tenía la sensación de que el corazón podía estallarme de felicidad. En realidad, tuve que llevarme la mano al pecho para asegurarme de que seguía ahí, intacto.

Había tres grandes ventanales abiertos; las vaporosas cortinas se movían empujadas por la brisa. Frente al ventanal central, había una mesita con un adorno floral precioso y dos sillas. A su lado vi un carrito con al menos ocho tipos diferentes de dulces.

—Las señoritas primero —dijo él, indicando el carrito con un gesto.

No pude evitar sonreír al acercarme. Estábamos solos. Aquello lo había hecho para mí. Era la materialización de todos mis sueños de infancia y juventud.

Intenté concentrarme en lo que tenía delante. Vi bombones, y todos tenían formas diferentes; era imposible adivinar su contenido. Detrás había unas tartas en miniatura con nata montada encima que olían a limón, mientras que, en primer término, había unos pastelitos de hojaldre rociados con algo que no distinguía.

—No sé qué elegir —confesé.

—Pues no elijas —dijo él, que cogió un plato y colocó en él un dulce de cada.

Lo colocó en la mesa y me apartó la silla. Me puse delante y dejé que me la ajustara; luego esperé a que se sirviera.

Cuando lo hizo, me eché a reír otra vez.

—¿Ya tiene bastante? —bromeé.

—Me gustan las tartaletas de fresa —se defendió. Había amontonado cinco o seis en su plato—. Bueno, así que eres una Cuatro. ¿A qué te dedicas? —dijo, mientras cogía un trozo de tarta con el tenedor y se la llevaba a la boca.

—Trabajo en una granja —expliqué, jugueteando con un bombón.

—¿Tenéis una granja?

—Más o menos.

Dejó el tenedor y se me quedó mirando.

—Mi abuelo tenía un cafetal. Se lo dejó a mi tío, porque es el mayor, así que mi padre, mi madre, mis hermanos y yo trabajamos en él —confesé.

Él guardó silencio un momento.

—Bueno y... ¿qué es lo que haces exactamente?

Dejé de nuevo el bombón en el plato y apoyé las manos en el regazo.

—Sobre todo recolecto los granos. Y a veces ayudo en el tostado del café.

Él siguió callado.

—Antes ocupaba zonas montañosas de difícil acceso, el cafetal, quiero decir, pero ahora hay muchas carreteras, lo que facilita el transporte, pero aumenta la polución. Mi familia y yo vivimos en...

—Para.

Bajé la mirada. No podía ocultarle lo que hacía.

—¿Eres una Cuatro, pero haces el trabajo de una Siete? —preguntó en voz baja.

Asentí.

—¿Se lo has contado a alguien?

Pensé en mis conversaciones con las otras chicas. Solía dejar que hablaran de sí mismas. Yo contaba cosas de mis hermanos y disfrutaba comentando los programas de televisión que veían las otras, pero estaba segura de que no les había hablado de mi trabajo.

—No, no creo.

Miró al techo y luego volvió a mirarme a mí.

—No debes contárselo a nadie. Nunca. Si te preguntan, tu familia posee un cafetal, y tú ayudas en la gestión. No des detalles y nunca des a entender que haces un trabajo manual. ¿Está claro?

—Sí, alteza.

Me miró un momento más, como para asegurarse de que lo entendía. Pero no hacía falta; con aquella orden me bastaba. Nunca se me ocurriría incumplirla.

Siguió comiendo, clavando el tenedor con más agresividad que antes. Yo estaba tan nerviosa que no podía probar bocado.

—¿Le he ofendido, alteza?

Irguió la cabeza y la ladeó levemente.

—¿Cómo se te ocurre decir eso?

—Parece... disgustado.

—Qué cosas tienen las chicas —murmuró en un tono muy bajo—. No, no me has ofendido. Me gustas. ¿Por qué crees que estamos aquí?

—Para que pueda compararme con las Doses y las Treses y confirmar su decisión de enviarme a casa —dijo, sin pensarlo.

No sé cómo me salió. Era como si mis mayores preocupaciones se disputaran el espacio en mi mente y una de ellas se me hubiera escapado. Volví a bajar la cabeza.

—Amberly —murmuró. Levanté la vista y lo miré desde detrás de las pestañas. Había un rastro de sonrisa en su rostro. Acercó la mano por encima de la mesa. Con cautela, como si la burbuja pudiera estallar en el momento en que tocara mi piel endurecida por el trabajo, apoyé mi mano sobre la suya—. No voy a enviarte a casa. Al menos hoy no.

Sentí los ojos húmedos, pero parpadeé para hacer desaparecer las lágrimas.

—Me encuentro en una situación muy particular —explicó—. Solo intento descubrir los pros y los contras de cada una de mis opciones.

—El que haga el trabajo de una Siete será un contra, supongo...

—Por supuesto —respondió, pero sin rastro de malicia en su voz—. Así que, por lo que a mí respecta, eso queda entre nosotros.

Asentí mínimamente.

—¿Algún otro secreto que quieras compartir conmigo?

Retiró la mano poco a poco y volvió a ponerse a cortar porciones de tartaleta. Intenté hacer lo mismo.

—Bueno, ya sabe que enfermo de vez en cuando.

Hizo una pausa.

—Sí. ¿De qué se trata, exactamente?

—No estoy segura. Siempre he tenido dolores de cabeza, y a veces me agoto. Las condiciones de vida en Honduragua no son las mejores.

Asintió.

—Mañana, tras el desayuno, en lugar de ir a la Sala de las Mujeres, ve a la enfermería. Quiero que el doctor Mission te haga un examen. Si necesitas algo, estoy seguro de que él podrá ayudarte.

—De acuerdo.

Por fin conseguí tomar un bocado de la pasta de hojaldre; me entraron ganas de soltar un suspiro, de lo buena que estaba. En mi casa, los postres eran una rareza.

—¿Y tienes hermanos?

—Sí, un hermano y dos hermanas, todos mayores.

—Da la impresión de que... —Hizo una mueca—. La casa estará siempre llena.

Me reí.

—A veces. Yo comparto cama con Adele, que es dos años mayor que yo. Aquí me resulta hasta raro dormir sin ella. A veces amontoño unas cuantas almohadas al lado para hacerme a la idea de que está ahí.

—Ahora tienes toda la cama para ti —dijo, moviendo la cabeza con aire pensativo.

—Sí, pero no estoy acostumbrada. No estoy acostumbrada a nada de todo esto. La comida me resulta rara. La ropa también. Incluso los olores son diferentes, pero no sé muy bien qué es lo que es.

Dejó los cubiertos sobre la mesa:

—¿Me estás diciendo que mi casa huele mal?

Por un segundo me asusté, pensando que le habría ofendido, pero en los ojos tenía un brillo que indicaba que bromeaba.

—¡En absoluto! Pero es diferente. Serán los libros viejos, la hierba o lo que usan las criadas para limpiar... Ojalá pudiera embotellarlo, para llevar ese olor siempre conmigo.

—De todos los recuerdos posibles, ese es con mucho el más peculiar que he oído nunca —comentó.

—¿Querría uno de Honduragua? Tenemos una basura de primera.

Contuvo la sonrisa una vez más, como si temiera dejar escapar una risa.

—Muy generoso por tu parte. ¿Estoy poniéndome impertinente al hacerte todas estas preguntas? ¿Hay algo que tú quisieras saber de mí?

—¡Todo! —exclamé, abriendo bien los ojos—. ¿Qué es lo que más le gusta de su trabajo? ¿Qué lugares del mundo ha visitado? ¿Ha participado en la elaboración de alguna ley? ¿Cuál es su color favorito?

Meneó la cabeza y me miró otra vez con una de esas sonrisas a medias.

—Azul, azul marino. Y deja de llamarme de usted. Por lo demás, prácticamente puedes nombrar cualquier país del planeta, que ya lo habré visto. Mi padre quiere que tenga una cultura muy amplia. Illéa es un gran país, pero, en realidad, es joven. El paso siguiente para asegurar nuestra posición en el mundo es hacer alianzas con países más afianzados. —Chasqueó la lengua, pensativo—. A veces, creo que mi padre desearía que hubiera sido una chica, para poder casarme con quien más conviniera para asegurar esas alianzas.

—Supongo que será demasiado tarde para que lo vuelvan a intentar, ¿no?

La sonrisa desapareció.

—Creo que hace mucho que se les pasó la ocasión.

Aquello era algo más que una declaración, pero no quise insistir.

—Lo que más me gusta de mi trabajo es lo estructurado que está. Todo sigue un orden. Alguien me plantea un problema, y yo encuentro un modo de solucionarlo. No me gusta dejar las cosas a medias o sin resolver, aunque eso no suele ser un problema. Soy el príncipe, y un día seré rey. Mi palabra es la ley.

Los ojos se le iluminaron con aquellas palabras. Era la primera vez que lo veía apasionarse por algo. Y lo entendía. Aunque yo no codiciaba el poder, era consciente de lo atractivo que podía resultar.

Siguió mirándome: una sensación cálida me recorría las venas. Quizá fuera

porque estábamos solos, o porque parecía tan seguro de sí mismo, pero, de pronto, sentí intensamente su presencia. Era como si cada nervio de mi cuerpo estuviera conectado a cada nervio del suyo; mientras estábamos allí sentados, una extraña carga eléctrica empezó a acumularse en la sala. Clarkson trazaba círculos con el dedo sobre la mesa, evitando apartar la mirada. A mí se me aceleró la respiración. Cuando dejé que mis ojos se posaran en su pecho, tuve la impresión de que a él le había pasado lo mismo.

Observé cómo se movían sus manos. Parecían decididas, curiosas, sensuales, nerviosas... La lista se fue alargando en mi cabeza mientras contemplaba los caminos que iba trazando sobre la mesa.

En el pasado había soñado con sus besos, por supuesto, pero un beso raramente era solo un beso. Sin duda, me cogería de las manos, de la cintura o de la barbilla. Pensé en mis dedos, aún ásperos tras años de trabajo manual, y me preocupé pensando en qué pensaría si volvía a tocarle. En aquel momento, tenía unas ganas terribles de hacerlo.

Se aclaró la garganta y apartó la mirada, rompiendo el hechizo:

—Supongo que debería acompañarte de nuevo a tu habitación. Es tarde.

Apreté los labios y aparté la mirada yo también. Si me lo hubiera pedido, me habría quedado con él hasta ver el amanecer juntos.

Se puso en pie y le seguí hasta el pasillo principal. No tenía muy claro qué debía pensar de nuestra breve cita nocturna. A decir verdad, parecía algo más que una entrevista. Al pensarlo se me escapó una risita. Me miró.

—¿Qué es eso tan divertido?

Pensé en decirle que no era nada. Pero quería que acabara conociéndome, y eso supondría superar mis nervios.

—Bueno... —empecé a decir, pero vacilé. «Así es como os conoceréis, Amberly. Tenéis que hablar», pensé—. ¿Así es como sueles actuar con las chicas que te gustan? ¿Las interrogas?

Él puso los ojos en blanco, no enfadado, pero como si yo tuviera que entenderlo:

—Se te olvida que hasta hace muy poco yo nunca...

El ruido de un portazo interrumpió de golpe nuestra conversación. Reconocí a la reina al instante. Quise hacerle una reverencia, pero Clarkson me apartó, escondiéndome en otro pasillo de un empujón.

—¡No se te ocurra dejarme con la palabra en la boca! —resonó la voz del rey por toda la planta.

—Me niego a hablar contigo cuando estás así —respondió la reina, con la voz algo pastosa.

Clarkson me rodeó con los brazos, ocultándome aún más. Pero me dio la impresión de que él necesitaba el abrazo más que yo.

—¡Tus gastos de este mes son insultantes! —rugió el rey—. No puedes seguir así. ¡Este tipo de comportamiento es lo que pondrá este país en manos de los rebeldes!



—Oh, no, querido marido —respondió ella con una voz edulcorada—. Te pondrá «a ti» en manos de los rebeldes. Y créeme: no le importará a nadie.

—¡Vuelve aquí, zorra conspiradora!

—¡Porter, suéltame!

—Si crees que me puedes hundir con un puñado de vestidos carísimos, estás muy equivocada.

Uno de los dos golpeó al otro, o eso me pareció oír. Clarkson me soltó. Agarró el pomo de una de las puertas y lo giró, pero estaba cerrado con llave. Se fue al siguiente, que se abrió. Me agarró del brazo y me metió con un empujón, cerrando la puerta a nuestras espaldas.

Se puso a caminar arriba y abajo, agarrándose el cabello con las manos como si sintiera la tentación de arrancárselo. Se dirigió al sofá, agarró un cojín y lo destrozó, haciéndolo jirones. Cuando acabó, cogió otro cojín.

Le dio tal puñetazo a una mesita auxiliar que la rompió.

Tiró varios jarrones contra la repisa de piedra de la chimenea.

Rasgó las cortinas.

Mientras tanto, yo me quedaba pegada a la pared, junto a la puerta, deseando volatilizarme. Quizá debería haber salido corriendo a pedir ayuda. Pero no podía dejarle solo en aquel estado.

Una vez liberada toda la rabia, Clarkson recordó que estaba allí. Atravesó la habitación a la carrera y se plantó delante de mí, señalándome a la cara con un dedo:

—Si le cuentas a alguien lo que has oído, o lo que he hecho, que Dios me perdone, pero...

—Clarkson... —dije yo, moviendo la cabeza antes de que acabara la frase.

—¿No debes decir ni una palabra, lo entiendes? —Me soltó con lágrimas de rabia brillándole en los ojos.

Levanté las manos, acercándolas a su rostro. Se echó un poco atrás. Paré y volví a intentarlo, acercándome más despacio esta vez. Tenía las mejillas calientes, ligeramente humedecidas por el sudor.

—No hay nada que contar —prometí.

Tenía la respiración aceleradísima.

—Por favor, siéntate —le pedí. Él vaciló—. Un momento.

Asintió.

Lo llevé hasta una silla y me senté en el suelo a su lado.

—Mete la cabeza entre las rodillas y respira.

Me miró, como interrogándome, pero obedeció. Le puse la mano sobre la nuca, acariciándole el cuello con los dedos.

—Los odio —murmuró—. Los odio.

—Chist. Intenta calmarte.

Levantó la vista.

—Lo digo de verdad. Los odio. Cuando sea rey, los mandaré muy lejos.

—Espero que no sea al mismo sitio a los dos —dije entre dientes.

Respiró hondo. Y luego se rio. Fue una risa profunda, genuina, de esas que no puedes cortar aunque lo intentes. Así que sabía reír. Era algo que tenía enterrado, oculto detrás de todo lo que estaba obligado a sentir, a pensar y a gestionar. Ahora lo entendía todo mucho mejor. No volvería a juzgar sus sonrisas, que bastante trabajo le costaban.

—Es un milagro que el palacio aún se mantenga en pie.

Suspiró. Por fin parecía haberse calmado.

A riesgo de volver a encender la mecha, volví a preguntar:

—¿Siempre ha sido así?

Asintió.

—Bueno, cuando era pequeño, no tanto. Pero ahora no se soportan. Nunca he sabido por qué. Ambos son fieles. O, si tienen algún lío, se les da estupendamente ocultarlo. Tienen todo lo que necesitan, y mi abuela me dijo que antes estaban muy enamorados. No tiene sentido.

—No es fácil ocupar su posición. Ni la tuya. Quizá les haya acabado pesando.

—¿Así que eso es lo que me espera? ¿Yo acabaré siendo él, mi esposa será ella, y acabaremos por estallar?

Levanté la mano de nuevo y se la apoyé en el rostro. Esta vez no se echó atrás. Más bien al contrario. Y aunque sus ojos aún reflejaban preocupación, parecía aliviado.

—No. Tú no tienes que ser nada que no quieras ser. ¿Te gusta el orden? Pues planifica, prepárate. Imagina el rey, el marido y el padre que quieres ser, y haz lo que haga falta para conseguirlo.

Me miró, casi con compasión:

—Me enterece que pienses que eso es lo único que hace falta.

## Capítulo 5

*E*ra la primera vez que me hacían un examen médico. De pronto, caí en que, si llegaba a ser princesa, los exámenes pasarían a ser algo habitual en mi vida. Eso me horrorizaba.

El doctor Mission era amable y paciente, pero me sentía incómoda dejando que un extraño me viera desnuda. Me extrajo sangre, me hizo varias radiografías y me palpó por todas partes, en busca de cualquier cosa fuera de la norma.

Cuando salí de allí, estaba exhausta. Por supuesto, no había dormido bien. Eso no ayudaba. El príncipe Clarkson me había dejado en la puerta de la habitación y se había despedido dándome un beso en la mano. Y entre la emoción al sentir su tacto y la preocupación por su estado emocional, tardé bastante en dormirme.

Entré en la Sala de las Mujeres, algo nerviosa por tener que mirar a la reina Abby a los ojos. Me preocupaba que tuviera alguna marca visible en el cuerpo. Por supuesto, también podría ser que ella fuera la que le hubiera pegado al rey. No estaba segura de querer saberlo.

Pero de lo que estaba convencida era de que no quería que nadie más lo supiera.

La reina no estaba allí, así que entré y me senté junto a Madeline y Bianca.

—Hola, Amberly. ¿Dónde estabas esta mañana? —preguntó Bianca.

—¿Has estado enferma otra vez? —añadió Madeline.

—Sí, pero ahora me encuentro mucho mejor. —No estaba segura de si el examen médico era un secreto o no, pero decidí ser discreta de momento.

—¡Mejor, porque te lo has perdido todo! —dijo Madeline, acercándose y bajando la voz—. Se rumorea que Tia se ha acostado con Clarkson esta noche.

El corazón se me encogió.

—¿Qué?

—Fíjate —dijo Bianca, mirando por encima del hombro hacia la ventana, donde estaba sentada Tia, junto a Pasha y Marcy—. Mira lo satisfecha que se la ve.

—Pero eso va contra las normas —dije yo—. Va contra la ley.

—¿Y eso a quién le importa? —susurró Bianca—. ¿Tú le dirías que no?

Pensé en el modo en que me había mirado la noche anterior, en cómo sus dedos recorrían la superficie de la mesa. Bianca tenía razón; no le habría dicho que no.

—Pero ¿es cierto? ¿O es solo un rumor? —pregunté.

Al fin y al cabo, había pasado conmigo gran parte de la noche. No toda, claro: quedaban muchas horas entre el momento en que nos habíamos separado y cuando había vuelto a verle, a la hora del desayuno.

—Ella se muestra muy evasiva al respecto —respondió Madeline.

—Bueno, tampoco es que sea asunto nuestro. —Recogí las cartas que habían dejado tiradas por la mesa y me puse a barajar.

Bianca echó la cabeza atrás y suspiró con fuerza. Madeline apoyó una mano sobre la mía.

—Sí que es asunto nuestro. Esto cambia las reglas del juego.

—Esto no es un juego —respondí—. Al menos para mí.

Madeline estaba a punto de decir algo más, pero en aquel momento la puerta se abrió de golpe. En el umbral apareció la reina Abby, furiosa.

Si tenía algún cardenal, lo escondía muy bien.

—¿Quién de vosotras es Tia?

Todas nos giramos hacia la ventana, donde estaba Tia, paralizada y blanca como el papel.

—¿Y bien?

Tia levantó la mano lentamente; la reina se dirigió hacia ella muy decidida, con los ojos encendidos. Esperaba que, cualquiera que fuera el reproche que fuera a hacerle la reina, se lo hiciera en privado. Por desgracia, ese no era el plan.

—¿Te has acostado con mi hijo? —le preguntó, sin preocuparse lo más mínimo por la discreción.

—Su majestad, no es más que un rumor —respondió ella, con apenas un hilo de voz, pero el silencio en la sala era tal que yo oía hasta la respiración de Madeline.

—¡Que no has hecho nada por atajar!

Tia balbució, iniciando quizá cinco frases diferentes antes de decidirse por una.

—Si no respondes a los rumores, acaban desapareciendo. Negar algo con vehemencia siempre implica que eres culpable.

—Así pues, ¿lo niegas o no?

Atrapada.

—No lo he hecho, majestad.

No creo que importara si decía la verdad o si mentía. El destino de Tia estaba sellado antes de decir la primera palabra.

La reina Abby la agarró por el cabello y tiró de ella hacia la puerta.

—Te vas ahora mismo.

Tia chilló de dolor y protestó:

—¡Pero eso solo lo puede hacer el príncipe Clarkson, majestad! ¡Son las normas!

—¡También está en las normas no ser una zorra! —le gritó la reina.

Tia tropezó y cayó; la reina la mantenía en pie cogida por el pelo. Mientras intentaba ponerse en pie de nuevo, la reina Abby la lanzó al pasillo, haciéndola caer de nuevo al suelo.

—¡FUERA... DE... AQUÍ!

Cerró de un portazo y, de inmediato, se giró hacia el resto de nosotras. Se tomó su tiempo para escrutarnos una a una, asegurándose de que éramos conscientes de su

poder.

—Que quede muy claro —dijo muy despacio, avanzando lentamente por entre los sofás y las butacas en las que estábamos sentadas, con un aire imponente y aterrador a la vez—: si alguna de vosotras, mocosas engreídas, piensa que puede meterse en mi casa y quitarme la corona, que se lo piense muy bien.

Se detuvo frente a un grupito de chicas situadas junto a la pared.

—Y si creéis que podéis comportaros como escoria y seguir aspirando al trono, no sabéis lo que os espera —añadió, plantándole un dedo en la cara a Piper—. ¡No lo toleraré!

Piper tuvo que echar la cabeza hacia atrás, empujada por el dedo de la reina, pero no reaccionó al dolor hasta que la reina Abby hubo pasado de largo.

—Soy la reina. Y la gente me adora. Si queréis casaros con mi hijo y vivir en mi casa, tendréis que ser todo lo que yo os diga: obedientes..., refinadas y... calladas.

Se fue abriendo paso por entre las mesas y se detuvo frente a Bianca, Madeline y yo.

—A partir de ahora, vuestra única misión será presentaros donde os manden, ser unas damas, sentaros y sonreír.

Sus ojos se cruzaron con los míos en el momento en que acababa su discurso y yo, estúpidamente, me tomé aquello como una orden. Así que sonreí. A la reina no le hizo ninguna gracia: se puso muy recta y me quitó la sonrisa de la cara de un bofetón.

Solté un gruñido y caí sobre la mesa. No me atreví a moverme.

—Tenéis diez minutos para dejar todo esto despejado. Hoy recibiréis todas las comidas en las habitaciones. No quiero oíros chistar a ninguna.

Oí que la puerta se cerraba, pero quise asegurarme:

—¿Se ha ido?

—Sí. ¿Estás bien? —preguntó Madeline, sentándose delante de mí.

—La cara me duele como si me la hubiera abierto. —Me puse en pie, pero la mejilla me ardía y el dolor se extendía por mi cuerpo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Bianca—. ¡Te ha dejado la marca de la mano!

—¿Piper? —dije—. ¿Dónde está Piper?

—Aquí —respondió, entre lágrimas.

Me puse en pie y la vi acercándose.

—¿Estás bien?

—Me duele un poco —dijo, pasándose la mano por el lugar donde la reina le había clavado el dedo; vi la medialuna que había dejado la uña.

—Tienes una pequeña marca, pero, con un poco de maquillaje, será fácil cubrirla. Se me echó a los brazos. Ambas nos abrazamos.

—¿Qué bicho le ha picado? —preguntó Nova, poniendo voz al pensamiento de todas.

—A lo mejor es su manera de proteger a su familia —sugirió Skye.

Cordaye resopló, frunciendo los labios:

—Todas hemos visto cómo bebe. Se oía a la legua.

—En la tele siempre está encantadora —reflexionó Kelsa, confusa con todo aquello.

—Escuchad —dije yo—. Una de nosotras sabrá un día lo que es ser reina. Debe de sufrir una presión tremenda. Se ve incluso desde fuera. —Hice una pausa y me froté la mejilla. Estaba ardiendo—. De momento, creo que deberíamos intentar evitar a la reina todo lo que podamos. Y no le mencionemos esto a Clarkson. No creo que hablarle mal de su madre, haya hecho lo que haya hecho, nos haga ningún bien a ninguna.

—¿Se supone que tenemos que pasar esto por alto? —preguntó Neema, indignada.

—Yo no puedo obligaros —respondí, encogiéndome de hombros—. Pero es lo que voy a hacer yo.

Volví a abrazar a Piper y las dos nos quedamos allí, en silencio. Antes esperaba poder llegar a crear lazos de unión con aquellas chicas hablando de música, aprendiendo a maquillarnos juntas... Nunca había imaginado que sería un miedo común lo que nos uniría como hermanas.

## Capítulo 6

**D**ecidí que nunca se lo preguntaría. Si el príncipe Clarkson se había acostado con Tia, no quería saberlo. Y si no lo había hecho y se lo preguntaba, sería como romper nuestro vínculo de confianza mutua antes incluso de crearlo. Lo más probable es que fuera un rumor, sin duda lanzado por la propia Tia para intimidarnos a las demás, y estaba claro que le había salido el tiro por la culata.

Aquellas cosas más valía olvidarlas.

Lo que no podía olvidar era el intenso dolor en el rostro. Habían pasado horas tras el bofetón, y, sin embargo, aún sentía el dolor palpitante.

—Es hora de cambiar el hielo —dijo Emon, pasándome otra compresa fría.

—Gracias. —Le di la que tenía puesta.

Al volver a mi habitación y pedirles algo a mis doncellas para aliviar el dolor, ellas me preguntaron cuál de las seleccionadas me había pegado, asegurando que irían a decírselo inmediatamente al príncipe. Les había dicho que no había sido ninguna de las chicas. No podía ser ninguno de los criados. Ellas sabían que había estado en la Sala de las Mujeres toda la mañana, así que solo quedaba una opción.

No hicieron más preguntas. Lo sabían.

—Al ir a buscar el hielo, he oído que la reina se va a tomar unas breves vacaciones sola la semana que viene —comentó Martha, sentada en el suelo junto a mi cama.

Yo estaba sentada de cara a la ventana, mirando a la vez a la pared y al cielo abierto.

—¿Ah, sí?

Ella sonrió.

—Parece que tener tantas visitas en palacio la ha puesto de los nervios, así que el rey le ha sugerido que se tome algo de tiempo libre.

Puse los ojos en blanco. Primero se lamentaba de lo mucho que gastaba ella en vestidos, y luego la mandaba de vacaciones. Claro que no sería yo la que se quejara. Una semana sin ella, en aquel momento, me parecía una bendición.

—¿Aún le duele? —preguntó Martha.

Aparté la mirada y asentí.

—No se preocupe, señorita, para cuando acabe el día, se le habrá pasado.

Habría querido decirle que, en realidad, el problema no era el dolor. Mi verdadera preocupación era que aquello no fuera un indicio de lo difícil que podía llegar a ser la vida como princesa. Como poco, sería un reto.



Como mucho, podía llegar a ser una tortura.

Repasé los datos de los que disponía: en el pasado, el rey y la reina se habían querido, pero ahora ambos hacían un esfuerzo por contener su odio. La reina era una alcohólica y estaba obsesionada con la posesión de la corona. El rey, como poco, estaba al borde del ataque de nervios. Y Clarkson...

Él hacía lo que podía para parecer resignado, tranquilo, controlado. Sin embargo, debajo de todo eso había una risa infantil. Y, cuando estallaba, le costaba un esfuerzo supremo volver a recomponerse.

No es que el sufrimiento a mí me fuera algo ajeno. Yo había trabajado hasta el punto del agotamiento físico. Había soportado un calor sofocante. Aunque como Cuatro disponía de cierto nivel de seguridad económica, vivía casi en la pobreza.

Sería una dura prueba. Una más. Eso, claro, si el príncipe Clarkson me escogía a mí.

Pero si me acababa eligiendo significaría que me quería, ¿no? ¿Y eso no haría que todo lo demás valiera la pena?

—¿En qué está pensando, señorita? —me preguntó Martha.

Sonreí y le tendí la mano.

—En el futuro. Lo cual no tiene sentido, supongo. Será lo que tenga que ser.

—Usted es un encanto, señorita. Él sería afortunado de tenerla como esposa.

—Y yo sería afortunada de tenerlo a él.

Era cierto. Era todo lo que siempre había deseado. Lo que me asustaba era todo lo que venía detrás.

Danica se probó otro par de zapatos de Bianca.

—¡Me quedan perfectos! Vale, yo me quedo estos, y tú te quedas los míos azules.

—Hecho. —Bianca estrechó la mano de Danica y sonrió de oreja a oreja.

Nadie nos había dicho que no pudiéramos ir a la Sala de las Mujeres el resto de la semana, pero todas habíamos optado por evitarla. Solíamos reunirnos en grupos e íbamos de dormitorio en dormitorio, probándonos la ropa de una y de otra, y charlando, como siempre.

Solo que ahora era diferente. Sin la reina, las chicas nos convertíamos en..., bueno, eso, en chicas. Todas parecían de mejor humor. En lugar de preocuparnos por el protocolo o de mantener unas formas impecables, nos permitíamos ser las chicas que éramos antes de que nos seleccionaran, las chicas que éramos en casa.

—Danica, creo que tenemos más o menos la misma talla. Estoy segura de que tengo vestidos que te irían muy bien con esos zapatos —propuse.

—Te tomo la palabra. Tus vestidos son de los más bonitos. Los tuyos y los de Cordaye. ¿Has visto las cosas que le hacen sus doncellas?

Suspiré. No sabía cómo lo hacían, pero las doncellas de Cordaye conseguían que las telas de los vestidos le sentaran como a nadie. Los vestidos de Nova también

estaban un punto por encima de los demás. Me pregunté si quien ganara la Selección podría elegir a sus doncellas. Yo dependía tanto de Martha, Cindly y Emon que no me imaginaba poder estar en palacio sin ellas.

—¿Sabéis lo que me resulta extraño? —dije.

—¿Qué? —respondió Madeline, mientras revolvía el joyero de Bianca.

—Que un día esto no será así. Al final, una de nosotras estará aquí, sola.

Danica se sentó a mi lado, junto a la mesa de Bianca.

—Lo sé. ¿Crees que en parte puede ser ese el motivo de que la reina esté tan enfadada? Quizás haya pasado demasiado tiempo sola.

Madeline negó con la cabeza.

—Creo que eso es por decisión propia. Podía tener los invitados que quisiera. Podría traerse a toda una familia a palacio.

—Salvo que al rey le moleste.

—Es cierto. —Madeline volvió a fijar la atención en el joyero—. No consigo entender mucho al rey. Parece distanciado de todo. ¿Creéis que Clarkson será así?

—No —respondí yo, sonriendo para mis adentros—. Clarkson tiene su propia personalidad.

Nadie añadió nada más; cuando levanté la vista me encontré de frente la sonrisa maliciosa de Danica.

—¿Qué?

—Lo tienes mal —dijo, casi como si le diera lástima.

—¿Qué quieres decir?

—Estás enamorada de él. Mañana mismo podrían decirte que se divierte pateando a cachorrillos de perro, y seguirías suspirando por él.

Erguí la espalda y levanté la cabeza un poco.

—Cabe la posibilidad de que se case conmigo. ¿No debería quererle?

Madeline chasqueó la lengua. Danica insistió:

—Sí, bueno, pero, por cómo te comportas, parece como si lo quisieras desde siempre.

Me sonrojé e intenté no pensar en la vez en que le sisé unas monedas del monedero a mamá para comprar un sello con su cara. Aún lo tenía, pegado a un papel, y lo usaba como punto de libro.

—Lo respeto —aduje—. Es el príncipe.

—Es más que eso. Sacrificarías tu vida por él.

No respondí.

—¡Lo harías! ¡Oh, Dios mío!

—Voy a buscar esos vestidos —dije, poniéndome en pie—. Enseguida vuelvo.

Intenté no asustarme con todo lo que me pasaba por la cabeza. Como se trataba de una elección entre él y yo, no me veía capaz de no ponerle a él por delante. Él era el príncipe; como tal, era un activo de valor incalculable para el país. Pero no solo eso: también tenía un enorme valor para mí.

Me encogí de hombros y me propuse no pensar más en ello.  
Además, no parecía que fuera a darse el caso.

## Capítulo 7

Siempre me costaba adaptarme a las cegadoras luces del estudio. Eso, sumado al peso de los vestidos cargados de joyas que mis doncellas insistían en que me pusiera para el *Report*, hacía que aquella hora me resultara insufrible.

El nuevo reportero estaba entrevistando a las chicas. Aún quedábamos bastantes, con lo que resultaba fácil pasar desapercibida. De momento, aquel era mi objetivo. Pero, si me tenían que entrevistar, no estaría tan mal si era Gavril Fadaye quien hacía las preguntas.

El anterior comentarista real, Barton Allory, se había retirado la misma noche en que se habían revelado las candidatas a la Selección; había compartido aquella emisión con su sustituto, elegido a dedo. Gavril, de veintidós años, procedente de una respetable familia de Doses, era un tipo con una gran personalidad y que enseguida te caía bien. Me entristeció ver marcharse a Barton..., pero no demasiado.

—Lady Piper, ¿cuál opina que debería ser el principal papel de una princesa? —preguntó Gavril con una sonrisa reluciente que hizo que Madeline me diera un codazo disimuladamente.

Piper mostró una sonrisa encantadora y respiró con fuerza. Volvió a respirar. Y luego el silencio se volvió incómodo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que aquella era una pregunta que todas deberíamos temer. Miré en dirección a la reina, que iba a tomar un avión inmediatamente después de que se apagarán las cámaras. Ella estaba observando a Piper, desafiándola a hablar, después de habernos advertido que mantuviéramos silencio.

Observé el monitor: el miedo en su rostro resultaba insufrible.

—¿Piper? —le susurró Pasha, a su lado.

Finalmente, la chica negó con la cabeza.

A Gavril se le notaba en los ojos que estaba buscando un modo desesperado de salvar la situación, de salvarla a ella. Barton habría sabido qué hacer, por supuesto. Pero Gavril era demasiado inexperto.

Levanté la mano. Gavril miró en mi dirección, aliviado.

—El otro día tuvimos una larga conversación sobre esto. Supongo que Piper no sabe por dónde empezar. —Solté una risita, y algunas chicas me siguieron—. Todas estamos de acuerdo en que nuestra obligación prioritaria es para con el príncipe. Servirle a él es servir a Illéa. Puede que parezca raro, pero el que nosotras cumplamos con nuestro papel ayudará al príncipe a cumplir con el suyo.

—Bien dicho, Lady Amberly. —Gavril sonrió y pasó a la pregunta siguiente.

Yo no miré a la reina. Me concentré en mantener la postura erguida, pese al dolor de cabeza que empezaba a dejarse sentir. ¿Sería cosa de la tensión? Y si ese era el caso, ¿por qué se presentaban sin motivo algunas veces?

Observé en los monitores que las cámaras no me enfocaban a mí ni a las chicas de mi fila, así que decidí pasarme la mano por la frente. Era evidente que la piel se me estaba volviendo más tersa. Tenía ganas de apoyar la cabeza sobre el brazo, pero eso era impensable. Aunque se me excusara un gesto tan impropio, el vestido tampoco me lo permitiría.

Erguí el cuerpo, concentrándome en la respiración. El dolor avanzaba a ritmo constante, pero me obligué a mantener la posición. No era la primera vez que me enfrentaba a aquel malestar, y en condiciones mucho peores. «Esto no es nada —me dije—. Lo único que tengo que hacer es seguir sentada».

Las preguntas no parecían acabarse nunca, aunque creo que Gavril no había hablado con todas las chicas. En un momento dado, las cámaras dejaron de filmar. Fue entonces cuando recordé que ahí no acababa el día. Aún me quedaba la cena antes de poder volver a mi habitación. Solía durar una hora, más o menos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Madeline.

—Será el cansancio —dije, asintiendo.

Oímos una risa y nos giramos. El príncipe Clarkson estaba hablando con algunas de las chicas de la primera fila.

—Me gusta cómo lleva hoy el pelo —comentó Madeline.

Se disculpó levantando un dedo ante las chicas con las que estaba hablando y rodeó al grupo con la vista fija en mí. Cuando se acercó hice una leve reverencia; en el momento en que volví a erguirme, sentí su mano tras la espalda, agarrándome de forma que los demás no nos vieran el rostro.

—¿Te encuentras mal?

Suspiré.

—He intentado ocultarlo. Me duele muchísimo la cabeza. Necesito estirarme.

—Cógete de mi brazo. —Me mostró el codo y yo le rodeé el brazo con mi mano—. Sonríe.

Arqueé los labios. A pesar del malestar, con él allí resultaba más fácil.

—Te agradezco mucho que vinieras a nuestra cita —dijo, lo suficientemente alto como para que pudieran oírlo las chicas que estaban más cerca—. Estoy intentando recordar qué postre es el que más te gusta.

No respondí, pero mantuve la sonrisa hasta que salimos del estudio. Sin embargo, en cuanto rebasamos la puerta, no pude aguantar más. Cuando llegamos al final del pasillo, Clarkson me cogió en brazos.

—Vamos a que te vea el médico.

Cerré los ojos con fuerza. Volvía a sentir náuseas; un sudor frío me cubría el cuerpo. Pero me sentía más cómoda entre sus brazos de lo que podría estar en una

silla o en una cama. Incluso con todo el movimiento, estar hecha un ovillo con la cabeza apoyada en su hombro me parecía lo mejor del mundo.

En la enfermería había una enfermera nueva, pero igual de amable que la anterior. Ayudó a Clarkson a meterme en una cama, con las piernas apoyadas sobre una almohada.

—El médico está durmiendo —dijo—. Se ha pasado la noche entera en pie, y gran parte del día ayudando en el parto de dos doncellas diferentes. ¡Dos niños, uno tras otro! ¡Con solo quince minutos de diferencia!

—No hace falta que le molesten —respondí, sonriendo ante la feliz noticia—. No es más que un dolor de cabeza. Ya se me pasará.

—Tonterías —respondió Clarkson—. Vaya a buscar a una doncella y que nos traigan la cena aquí. Esperaremos al doctor Mission.

La enfermera asintió y se puso en marcha.

—No hacía falta que hicieras eso —susurré—. El médico ha pasado una mala noche, y yo no tengo nada grave.

—Sería una negligencia por mi parte si no me asegurara de que se ocupan de ti como corresponde.

Intenté interpretar aquello como algo romántico, pero sonaba más bien como si se sintiera obligado. Aun así, si hubiera querido, habría podido ir a comer con las otras, pero no, había elegido quedarse conmigo.

Picoteé algo de la cena, por no ser maleducada, aunque aún me encontraba mal. La enfermera me trajo una medicina. Cuando el doctor Mission apareció, con el cabello aún mojado de la ducha, me sentía mucho mejor. El dolor intenso, que antes era como una campana resonando desbocada, se había convertido más bien en una campanilla.

—Siento el retraso, alteza —se disculpó el médico, con una reverencia.

—No hay problema —respondió el príncipe Clarkson—. Hemos disfrutado de una cena espléndida en su ausencia.

—¿Cómo va la cabeza, señorita? —dijo el doctor Mission, cogiéndome la muñeca entre los dedos para tomarme el pulso.

—Mucho mejor. La enfermera me ha dado una medicina que me ha ido estupendamente.

Sacó una linternita y me enfocó los ojos.

—Quizá debería tomar algo a diario. Sé que intenta combatir los dolores cuando se presentan, pero podríamos intentar evitarlos antes de que aparezcan. No hay nada seguro, pero veré qué puedo darle.

—Gracias —respondí, cruzando los brazos sobre el regazo—. ¿Cómo están los niños?

—Absolutamente perfectos —dijo el médico, eufórico—. Sanos y gordos.

Sonreí, pensando en las dos nuevas vidas que habían iniciado su andadura en palacio aquel mismo día. ¿Serían grandes amigos y le contarían a todo el mundo la

historia de su nacimiento, tan próximo en el espacio y en el tiempo?

—Hablando de bebés, quería hablar con usted de los resultados de sus análisis.

La alegría desapareció de mi rostro, de mi cuerpo entero. Me senté más erguida aún, preparándome para la mala noticia. Por su rostro, estaba claro que estaba a punto de sentenciarme.

—Los test muestran diferentes toxinas en la sangre. Si los valores siguen tan altos semanas después de alejarse de su región natal, debo suponer que serían mucho más altos cuando estaba allí. Para algunas personas, eso no sería un problema. El cuerpo responde, se ajusta y puede seguir viviendo sin ningún efecto secundario. Por lo que me ha contado de su familia, diría que dos de sus hermanos están haciendo eso exactamente.

—Pero una de tus hermanas tiene hemorragias nasales, ¿no? —preguntó Clarkson.

Asentí.

—¿Y usted tiene constantes migrañas? —preguntó el médico.

Asentí de nuevo.

—Supongo que su cuerpo no está anulando esas toxinas. A partir de las pruebas y de algunos de los datos personales que me ha dado, yo diría que esos accesos de fatiga, náuseas y dolor proseguirán, probablemente durante el resto de su vida.

Suspiré. Bueno, eso no era peor que lo que estaba experimentando en aquel momento. Y, por lo menos, Clarkson no parecía molesto.

—También tengo motivos para estar preocupado por su salud reproductiva.

Me lo quedé mirando con los ojos como platos. Por el rabillo del ojo vi que Clarkson cambiaba de postura en la silla.

—Pero... ¿por qué? Mi madre ha tenido cuatro hijos. Y tanto ella como mi padre proceden de familias numerosas. Simplemente me canso, nada más.

El doctor Mission mantuvo su imagen compuesta, profesional, como si no estuviera dispuesto a hablar de los aspectos más personales de mi vida.

—Sí, y aunque la genética ayuda, basándome en las pruebas, parece que su cuerpo sería... un hábitat no favorable para un feto. Y que cualquier niño que pudiera concebir —hizo una pausa, se quedó mirando al príncipe un momento y luego volvió a mirarme a mí— no sería apto para... determinadas tareas.

Determinadas tareas. Como que no sería lo suficientemente brillante, lo suficientemente sano o lo suficientemente bueno como para ser príncipe.

El estómago se me encogió.

—¿Está seguro? —pregunté con un hilo de voz.

Clarkson tenía los ojos fijos en el médico, a la espera de que le confirmara esa noticia. Aquella, sin duda, era una información vital para él.

—En el mejor de los casos. Eso, si consigue concebir.

—Discúlpenme. —Salté de la cama y corrí hasta el baño que había junto a la entrada de la enfermería, me metí en un cubículo y vomité hasta no poder más.



## Capítulo 8

**P**asó una semana. Clarkson ni siquiera me miraba. Yo estaba destrozada. En mi ingenuidad, había creído que sería posible. Tras superar la incomodidad de nuestra primera conversación, él había buscado cualquier motivo para propiciar un encuentro conmigo, para cuidarme.

Evidentemente, eso era cosa del pasado.

Estaba segura de que un día, muy pronto, Clarkson me mandaría a casa. Luego, pasaría un tiempo, pero mi corazón se recuperaría. Con un poco de suerte conocería a otra persona y... ¿qué le diría? No ser capaz de dar un heredero digno al trono era algo teórico, quizás una hipótesis lejana. Pero ¿no poder dar un hijo a un Cuatro? La idea me resultaba insoportable.

Solo comía cuando creía que la gente me miraba. Solo dormía cuando estaba demasiado agotada como para no hacerlo. A mi cuerpo no le importaba yo, así que ¿por qué iba a preocuparme yo por él?

La reina volvió de sus vacaciones, los *Reports* continuaron, los días pasados allí sentadas, como muñecas, iban sucediéndose. A mí todo aquello ya no me importaba.

Estaba en la Sala de las Mujeres, sentada junto a la ventana. El sol me recordaba Honduragua, aunque aquí había menos humedad. Me puse a rezar, rogándole a Dios que Clarkson me enviara a casa. Estaba demasiado avergonzada como para escribir a mi familia y contarles las malas noticias, pero sentirme rodeada de todas aquellas chicas y de sus aspiraciones a subir de casta empeoraba aún más las cosas. Yo tenía límites. No podía compartir sus mismas aspiraciones. Al menos en casa no tendría que pensar más en ello.

Madeline se me acercó por detrás y me frotó la espalda con la mano.

—¿Estás bien?

No sin esfuerzo, esbocé una sonrisa.

—Solo estoy cansada. No es nada nuevo.

—¿Estás segura? —Se pasó la mano bajo el vestido para alisarlo y se sentó—. Pareces... diferente.

—¿Cuáles son tus objetivos en la vida, Madeline?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir exactamente eso. ¿Qué sueños tienes? Si pudieras sacarle el máximo partido a la vida, ¿qué le pedirías?

Ella sonrió con timidez.

—Sería princesa, por supuesto. Con montones de admiradores y fiestas cada fin

de semana, y Clarkson pendiente de mí. ¿Tú no?

—Es un sueño precioso. Y si tuvieras que pedirle «lo mínimo» a la vida, ¿qué le pedirías?

—¿Lo mínimo? ¿Por qué iba nadie a pedir lo mínimo de la vida? —Sonrió divertida, pese a no comprenderme.

—Pero ¿no debería haber un mínimo aceptable que la vida debería darnos? ¿Es demasiado pedir un trabajo que no odies o contar con algo propio que sabes que no puedes perder? ¿Es demasiado pedir? ¿Incluso para alguien desgraciado? ¿No podría tener eso yo, al menos? —La voz se me quebró y me llevé los dedos a la boca, como si mis dedos diminutos pudieran contener aquel dolor.

—¿Amberly? —susurró Madeline—. ¿Qué pasa?

Meneé la cabeza.

—Nada, necesito descansar.

—No deberías estar aquí. Déjame que te acompañe a tu habitación.

—La reina se enfadará.

Madeline chasqueó la lengua.

—¿Y cuándo no está enfadada?

Suspiré.

—Cuando está borracha.

La risa de Madeline esta vez fue más ligera y auténtica; se tapó la boca para no llamar la atención. Verla así me animaba, y cuando se levantó me costó menos seguirla.

No hizo más preguntas, pero pensé que se lo contaría antes de irme. Sería agradable tener a alguien en quien confiar.

Cuando llegué a mi habitación, me volví y la abracé. Tardé un rato en soltarla. Ella no me apremió. Al menos en aquel momento contaba con ese mínimo afecto necesario en la vida.

Me fui hasta la cama, pero antes de meterme dentro me dejé caer de rodillas y junté las manos, como si rezara: «¿Estoy pidiendo demasiado?».

Pasó otra semana. Clarkson envió a casa a dos de las chicas. Deseé con todas mis fuerzas que me hubiera mandado de vuelta a mí.

—¿Por qué no yo?

Sabía que Clarkson podía resultar duro, pero no me parecía alguien cruel. No pensaba que pudiera querer hacerme soñar con una posición inalcanzable para mí.

Me sentí como si estuviera sonámbula, pasando por la competición como un fantasma recorriendo una y otra vez las últimas fases de su vida. El mundo me parecía una sombra de sí mismo. Y yo iba arrastrándome por él, fría y cansada.

Las chicas no tardaron mucho en cansarse de hacer preguntas. De vez en cuando, sentía el peso de sus miradas sobre mí. Pero yo solía apartarme. Así parecían

entender que no valía la pena el esfuerzo de pedirme una explicación. Llegué a pasar desapercibida a ojos de la reina... De hecho, pasé desapercibida a ojos de todo el mundo. Y no me importaba estar apartada de todo, sola con mis preocupaciones.

Podría haber seguido así infinitamente. Cierta día, tan anodino y triste como los anteriores, estaba tan distraída que ni siquiera me di cuenta de que recogían el comedor. No noté nada hasta ver a alguien vestido con traje justo delante, al otro lado de la mesa.

—Te encuentras mal.

Alcé la vista, vi a Clarkson y aparté los ojos casi a la misma velocidad.

—No, es que últimamente estoy más cansada de lo habitual.

—Estás delgada.

—Ya te lo he dicho, me he sentido fatigada.

Dio un puñetazo en la mesa y me hizo dar un respingo. No pude evitar mirarle de nuevo a la cara. Mi corazón adormecido no sabía qué hacer.

—No estás fatigada. Te estás hundiendo —dijo con firmeza—. Entiendo el motivo, pero tienes que superarlo.

¿Superarlo? ¿Superarlo?

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Con todo lo que sabes, ¿cómo puedes ser tan cruel conmigo?

—¿Cruel? —replicó, prácticamente escupiendo la palabra—. ¿Porque intento apartarte del borde del abismo? Si sigues así, vas a acabar matándote. ¿Qué demostrarás? ¿Qué habrás conseguido, Amberly?

Por duras que fueran sus palabras, mi nombre dicho por él fue como una caricia.

—¿Te preocupa que quizá no puedas tener hijos? ¿Y qué? Si acabas matándote, desde luego no tendrás ninguna posibilidad. —Cogió el plato que tenía delante, aún lleno de jamón, huevos y fruta, y me lo acercó—. Come.

Me sequé las lágrimas de los ojos y me quedé mirando la comida. El estómago se me rebeló nada más verla.

—Es demasiado fuerte. No puedo comerme eso.

Bajó la voz y se acercó un poco.

—Entonces, ¿qué puedes comer?

Me encogí de hombros.

—Pan, quizá.

Clarkson levantó la cabeza y chasqueó los dedos, llamando a un mayordomo.

—Alteza —respondió este, con una reverencia.

—Ve a la cocina y tráele pan a Lady Amberly. De varios tipos.

—Inmediatamente, señor. —Se volvió y salió de la sala, casi a la carrera.

—¡Y, por Dios, trae también algo de mantequilla! —le gritó Clarkson, mientras desaparecía.

Sentí otra oleada de vergüenza. Por si no fuera suficiente perder todas mis oportunidades con cosas que quedaban fuera de mi control, tenía que sufrir la

humillación de estropearlo aún más con cosas que sí podía controlar.

—Escúchame —me pidió, con voz suave. Conseguí levantar los ojos y mirarle de nuevo—. No vuelvas a hacer eso. No me evites.

—Sí, señor —murmuré.

—Para ti, soy Clarkson —dijo, meneando la cabeza.

Y aunque tuve que hacer un gran esfuerzo para sonreír, valió la pena.

—Tienes que estar impecable, ¿me entiendes? Tienes que ser una candidata ejemplar. Hasta hace poco, no pensaba que necesitaría decírtelo, pero ahora parece que sí: no des motivo a nadie para que dude de tu competencia.

Me quedé atónita, incapaz de reaccionar. ¿Qué quería decir? Si hubiera tenido la cabeza más clara, se lo habría preguntado.

Un instante después, el mayordomo regresó con una bandeja llena de panecillos, bollos y otros panes. Clarkson dio un paso atrás.

—Hasta la próxima. —Se inclinó levemente y se fue, con los brazos a la espalda.

—¿Está bien así, señorita? —preguntó el mayordomo, y yo arrastré mis fatigados ojos hasta el montón de comida.

Asentí, cogí un bollo y le di un bocado.

Es una sensación extraña cuando descubres cuánto le importas a gente a quien pensabas que no le importabas nada. O descubrir que, cuando te vas desintegrando lentamente, otra gente lo sufre también en menor medida.

Cuando le pregunté a Martha si le importaría traerme un plato de fresas, los ojos se le llenaron de lágrimas. Cuando me reí de un chiste que contó Bianca, noté que Madeline se emocionó un poco, antes de unirse ella también a las risas. Y Clarkson...

Antes de aquello, la única vez que le había visto realmente disgustado había sido la noche que habíamos pillado a sus padres peleándose, y tuve la sensación de que su ataque de ira posterior se había debido justo a lo mucho que le importaban. Que se preocupara tanto por mí..., habría preferido que me dijera que le importaba de algún otro modo. Pero si no sabía demostrarlo de otra manera, tampoco me parecía mal.

Aquella noche, cuando me metí en la cama, me prometí dos cosas: en primer lugar, si tanto le importaba a Clarkson, dejaría de comportarme como una víctima. A partir de ahora iba a ser una competidora. En segundo lugar, nunca más le daría motivo a Clarkson Schreave para que se disgustara de aquel modo.

Su mundo parecía una tormenta.

Yo sería el centro.

## Capítulo 9

—**R**ojo —insistió Emon—. El rojo siempre le queda estupendamente.

—Pero no debería ser un color tan primario. Quizás algo más profundo, como un burdeos —propuso Cindly, sacando otro vestido mucho más oscuro que el anterior.

Yo suspiré, encantada.

—Sí, ese.

No tenía el gancho de otras chicas, y no era una Dos, pero empezaba a pensar que había otros modos de destacar. Había decidido que iba a dejar de vestirme como una princesa y que iba a comenzar a vestirme como una reina.

No tardé mucho en darme cuenta de que había una diferencia entre una cosa y la otra. A las chicas de la Selección se les daban estampados florales, o vestidos hechos de tejidos vaporosos. Los vestidos de la reina eran declaraciones de principios, atrevidos e imponentes. Si yo no era así, al menos mis vestidos sí lo serían.

Y estaba trabajando en el porte y la compostura. Si en Honduragua me hubieran preguntado qué era más duro, si tostar café todo el día con un calor abrasador o mantener una postura correcta diez horas, habría dicho lo primero. Ahora empezaba a tener mis dudas.

Lo que quería dominar eran los matices sutiles, esos detalles que distinguían a una Uno. Aquella noche, en el *Report*, quería que la gente viera en mí la opción evidente. Quizá si conseguía dar tal imagen, conseguiría convencerme a mí también.

Cuando me acechaba la mínima duda, pensaba en Clarkson. No había habido ningún momento trascendental, decisivo, entre los dos, pero, cuando no estaba segura de si sería suficiente para él, me aferraba a los pequeños detalles: me había dicho que le gustaba. Que no le evitara. Quizá se alejara en cierto momento, pero también había regresado. Aquello bastaba para darme esperanzas. Así que me puse mi vestido burdeos, me tomé una pastilla para evitar que me entrara dolor de cabeza y me dispuse a dar lo mejor de mí misma.

No es que estuviéramos advertidas exactamente sobre cuándo se nos preguntaría o acerca de cuándo tendríamos que charlar con el presentador. Suponía que sería parte del proceso de Selección: encontrar a alguien que pudiera pensar por sí misma. Así que me sentí algo decepcionada cuando el *Report* acabó sin que ninguna de nosotras hubiéramos tenido ocasión de hablar. Me dije que no tenía que preocuparme. Habría otras oportunidades. Pero, aunque todas las demás suspiraban, aliviadas, yo estaba algo decepcionada.

Clarkson se me acercó y yo levanté la cabeza. Venía hacia mí. Iba a pedirme una cita. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

Sin embargo, se paró delante de Madeline. Le dijo algo al oído. La chica asintió, encantada, y soltó una risita. Él le tendió la mano para que pasara delante, pero, antes de seguirla, me susurró al oído:

—Espérame.

Se fue, sin mirar atrás. Pero tampoco hacía falta.

—¿Está segura de que no necesita nada más, señorita?

—No, Martha, gracias. Estoy bien.

Había bajado las luces de la habitación, pero no me había quitado el vestido. Estuve a punto de pedir que me trajeran algo de postre, pero estaba convencida de que él ya habría comido.

No estaba segura de por qué, pero sentía un calor que me recorría todo el cuerpo, como si mi piel quisiera decirme que aquella noche era importante. Quería que fuera perfecta.

—Me mandará llamar, ¿verdad? No debería quedarse sola toda la noche.

Le cogí de las manos, y ella no vaciló en dejarme hacerlo.

—En cuanto el príncipe se marche, te llamaré.

Martha asintió y me apretó las manos antes de dejarme sola.

Corrí al baño, comprobé mi peinado, me cepillé los dientes y me alisé el vestido. Tenía que calmarme. Cada centímetro de mi piel estaba en guardia, esperándole.

Me senté junto a mi mesa, repasando la postura de mis dedos, manos, muñecas. Codos, hombros, cuello. Fui paso a paso, intentando relajarme. Por supuesto, todo aquello no sirvió de nada cuando Clarkson llamó a la puerta.

No esperó a que contestara: entró directamente. Me puse en pie para recibirle. Quería hacer una reverencia, pero había algo en su mirada que me desorientó. Le vi avanzar por la habitación, con la mirada fija en mí.

Me llevé la mano al estómago, haciendo un esfuerzo por detener al puñado de mariposas que revoloteaban allí dentro, pero fue en vano.

Sin decir palabra, levantó una mano y la apoyó en mi mejilla, me apartó el cabello y luego la pasó por debajo de mi barbilla. Asomó en su rostro una sonrisa, justo antes de que acercara los labios.

A lo largo de los años, había imaginado un centenar de primeros besos con Clarkson. Pero aquello superó todos mis sueños.

Me guio, sujetándome muy cerca de su cuerpo. Pensé que quizá daría un paso en falso o dudaría, pero, de algún modo, mis manos acabaron entre su cabello, agarrándolo con la misma fuerza con que me agarraba él a mí. Curvó el cuerpo y yo hice lo propio con el mío, adaptándolo al suyo, sorprendida de lo bien que encajábamos.

Aquello era la felicidad. Aquello era el amor. Todas esas palabras que se dicen o se leen y ahora..., ahora sabía lo que querían decir.

Cuando por fin se apartó, las mariposas y los nervios habían desaparecido. Una sensación completamente nueva recorría mi piel.

Se nos había acelerado la respiración, pero eso no le impidió hablar.

—Hoy estás imponente. Tenía que decírtelo —dijo, rozándome con la punta de los dedos los brazos, las clavículas, hasta llegar al cabello—. Absolutamente imponente.

Me besó una vez más y se marchó, deteniéndose al llegar a la puerta para mirarme una vez más.

Fui hasta la cama y me dejé caer. Quería llamar a Martha y pedirle que me ayudara a quitarme el vestido, pero me gustaba tanto que no me molesté en hacerlo.

## Capítulo 10

A la mañana siguiente sentía cosquilleos intermitentes en la piel, que aparecían sin previo aviso. A cada movimiento, a cada roce o a cada respiración renacía esa sensación cálida que me invadía por completo. Y cada vez que eso ocurría, la mente se me iba hasta Clarkson.

En el desayuno cruzamos la mirada dos veces, y en ambas ocasiones mostró una expresión de satisfacción como la mía. Era como si un secreto delicioso flotara sobre nosotros.

Aunque ninguna de las chicas estábamos seguras de si los rumores sobre Tia eran ciertos, decidí tomarme su expulsión como un aviso y me guardé para mí el secreto de la noche anterior. El hecho de que nadie lo supiera lo hacía aún mejor; de algún modo, era algo más sagrado, algo que conservar como un tesoro.

El único inconveniente de haber besado a Clarkson era que hacía que cada momento que estábamos separados resultara insoportable. Necesitaba volver a verle, volver a tocarle. Si alguien me hubiera preguntado qué había hecho aquel día, no sería capaz de responder. Cada soplo de aire que respiraba era de Clarkson. Hasta la hora de vestirme para la cena, no hubo nada que me importara; lo único que me mantenía serena era la promesa de verlo después.

Mis doncellas comprendían perfectamente la nueva imagen que quería dar, y el vestido de aquella noche era aún mejor. De color miel, con la cintura alta y algo de vuelo hacia atrás. Quizá fuera un poco exagerado para la cena, pero a mí me encantaba.

Me senté en mi sitio a la mesa, ruborizándome cuando Clarkson me guiñó un ojo. Ojalá hubiera habido más luz, para verle bien el rostro. Estaba celosa de las chicas del otro lado del comedor, iluminadas por la luz del crepúsculo que entraba por los ventanales.

—Está rabiosa otra vez —murmuró Kelsa, inclinándose hacia mí.

—¿Quién?

—La reina. Mírala.

Miré en dirección a la cabecera de la mesa. Kelsa tenía razón. La reina tenía una expresión de profundo disgusto, como si le resultara molesto hasta el aire. Cogió un trozo de patata con el tenedor, se lo quedó mirando y volvió a dejarlo en el plato con un golpetazo.

Varias de las chicas se sobresaltaron al oírlo.

—Me pregunto qué le habrá pasado —respondí, también susurrando.



—No creo que le haya pasado nada. Es de esas personas que no puede estar contenta. Si el rey la mandara de vacaciones una semana de cada dos, no le bastaría. No estará satisfecha hasta que nos hayamos ido todas.

Se notaba que Kelsa estaba molesta con la reina y con su actitud de desprecio. Lo entendía, claro. Aun así, aunque solo fuera por Clarkson, no podía odiarla.

—Me pregunto qué hará cuando Clarkson elija.

—No quiero ni pensarlo —respondió Kelsa, mientras daba un sorbo a su zumo de manzana—. Sin duda, lo peor de Clarkson es ella.

—Yo no me preocuparía demasiado —bromeé—. El palacio es tan grande que si quisieras podrías evitarla casi todos los días.

—¡Bien pensado! —dijo, escrutando alrededor por si nos miraba alguien—. ¿Crees que tendrán una mazmorra donde podamos meterla?

No pude evitar reírme. En el palacio no había dragones que meter en jaulas, pero, desde luego, ella era lo que más se le parecía.

Todo había ocurrido muy rápido, aunque quizás así era como tenía que ser. De pronto, todas las ventanas se rompieron en añicos casi a la vez, mientras una lluvia de objetos las atravesaba. Entre la lluvia de cristales se oyeron varios chillidos de otras seleccionadas. Me pareció ver que Nova había recibido el impacto de lo que fuera que hubiera roto la ventana que tenía encima. Se agachó contra la mesa, encogiéndose, mientras algunos intentaban ver de dónde procedían los proyectiles.

Vi aquellas cosas raras en medio del comedor. Parecían enormes latas de sopa. Mientras yo fruncía los ojos, intentando descifrar algo de la que tenía más cerca, la que estaba junto a la puerta explotó, llenando el comedor de humo.

—¡Corred! —gritó Clarkson, en el momento en que otra lata explotaba—. ¡Salid de aquí!

Pese a los problemas que había entre ellos, el rey agarró a la reina del brazo y la sacó del comedor. Vi a dos chicas corriendo hacia el centro del comedor. Clarkson las sacó de allí enseguida.

Al cabo de unos segundos, el comedor quedó lleno de humo negro. Entre aquello y los gritos me costaba mucho concentrarme. Me giré, buscando con la vista a las chicas que tenía sentadas a mi lado. Habían desaparecido.

Habían salido corriendo, por supuesto. Volví a girarme, pero al momento me perdí entre el humo. ¿Dónde estaba la puerta? Respiré hondo, intentando calmarme, pero, en lugar de tranquilizarme, el humo me hizo toser. Tenía la impresión de que aquello era algo más que humo. Yo había estado más cerca de lo recomendable de alguna hoguera que otra, pero aquello... era diferente. Mi cuerpo me pedía descanso. Sabía que no estaba bien. Lo normal sería que reaccionara.

Me entró el pánico. Tenía que recuperar el control. La mesa. Si encontraba de nuevo la mesa, lo único que tenía que hacer era girar a la derecha. Moví los brazos a mi alrededor, tosiendo por efecto del gas y de mi respiración acelerada. Tropecé contra la mesa, que no estaba donde había pensado. Pero no me importaba, me

bastaba con eso. Me apoyé sobre un plato, aún cubierto de comida. Pasé las manos por toda la mesa, tirando copas y sillas.

No iba a conseguirlo.

No podía respirar. Me sentía muy cansada.

—¡Amberly!

Levanté la cabeza, pero no veía nada.

—¡Amberly!

Golpeé la mesa con el puño, tosiendo del esfuerzo. No le oí más. Lo único que veía era el humo.

Volví a golpear la mesa. Nada.

Lo intenté una vez más. Entonces, al golpear la mesa, mi mano dio contra otra mano.

Nos buscamos el uno al otro, y él se apresuró a sacarme de allí.

—Ven —dijo, tirando de mí. Me pareció que la sala no se acababa nunca, hasta que di con el hombro contra el marco de la puerta. Clarkson me tiró de la mano, animándome a seguir, pero lo único que quería yo era descansar—. No. ¡Venga!

Seguimos avanzando por el pasillo. Allí vi a otras chicas, tendidas en el suelo. Algunas jadeaban en busca de aire; al menos dos habían vomitado por efecto del gas.

Clarkson me llevó más allá de las otras chicas y entonces ambos nos dejamos caer al suelo juntos, aspirando con fuerza el aire limpio. El ataque —porque estaba segura de que era un ataque— no había durado más de dos o tres minutos, pero yo me sentía como si hubiera corrido una maratón.

Estaba tendida sobre el brazo y me dolía mucho, pero me costó moverme. Clarkson no se movía, pero veía que su pecho se hinchaba y se hundía regularmente. Un momento después, se giró hacia mí.

—¿Estás bien?

Tuve que hacer acopio de fuerzas para responder:

—Me has salvado la vida. —Hice una pausa y cogí aire—. Te quiero.

Me había imaginado diciendo esas palabras muchísimas veces, pero nunca así. Pese a todo, no me arrepentía. Al momento, perdí la conciencia, mientras oía el ruido de los guardias resonando en mis oídos.

Cuando me desperté, tenía algo pegado a la cara. Acerqué la mano: era una máscara de oxígeno, como la que había visto después de que Samantha Rail se hubiera visto atrapada en aquel incendio.

Me giré hacia la derecha y vi que la mesita de la enfermera y la puerta estaban prácticamente a mi lado. En la otra dirección, casi todas las camas de la enfermería estaban ocupadas. No sabía cuántas de las chicas estarían allí, lo que me hizo preguntar cuántas habrían salido ilesas... o si alguna no habría sobrevivido.

Intenté levantar la cabeza, con la esperanza de ver más. Cuando ya casi tenía la

espalda erguida, Clarkson me vio y se acercó. No estaba demasiado mareada ni me costaba respirar, así que me quité la máscara. Él se movía despacio, aún algo afectado por el gas. Cuando por fin llegó a mi lado, se sentó al borde de mi cama y me habló despacio.

—¿Cómo te sientes? —dijo con tono grave.

—¿Qué importancia...? —Intenté aclararme la garganta. Mi voz también sonaba rara—. ¿Qué importancia tiene eso? No puedo creer que volvieras a entrar. Aquí hay más de veinte versiones de mí. Pero tú eres único.

Clarkson me tendió la mano.

—Tú no eres lo que se dice reemplazable, Amberly.

Apreté los labios para no llorar. El heredero al trono había puesto en peligro su vida para salvarme. Aquello me resultaba tan bonito que casi no podía contener la emoción.

—Lady Amberly —dijo el doctor Mission, acercándose—. Me alegro de ver que por fin se ha despertado.

—¿Las otras chicas están bien? —pregunté, con una voz que casi no reconocía como mía.

Él cruzó una mirada rápida con Clarkson.

—Estamos en ello —dijo. Había algo que no me contaban, pero ya me preocuparía de eso más tarde—. Aunque ha tenido usted mucha suerte. Su alteza sacó a cinco chicas del salón, incluida usted.

—El príncipe Clarkson es muy valiente, estoy de acuerdo. Tengo mucha suerte. —Aún tenía mi mano en la suya, y le di un apretón rápido.

—Sí —respondió el doctor Mission—, pero permítame que dude de que tanta valentía fuera necesaria.

Ambos nos giramos hacia él, pero fue Clarkson el que habló.

—¿Perdone?

—Alteza —respondió, en voz baja—, sin duda sabe que su padre no aprobaría que le dedicara tanto tiempo a una chica que no es digna de usted.

Si me hubiera dado un puñetazo no me habría hecho tanto daño.

—Las posibilidades de que conciba un heredero son mínimas, siendo generosos —prosiguió—. ¡Y casi pierde usted la vida rescatándola! Aún no he informado de su estado al rey, ya que estaba seguro de que usted, para no hacerla sufrir más, la mandaría a casa al saberlo. Pero, si esto sigue adelante, tendré que ponerle al corriente.

Se hizo una larga pausa.

—Creo que he oído decir a varias de las chicas que mientras las examinaba las ha tocado un poco más de lo necesario —respondió Clarkson, muy frío.

—¿Qué...? —replicó el médico, frunciendo los párpados.

—¿Y cuál es la que ha dicho que le ha susurrado algo muy inapropiado al oído? Supongo que da igual.

—Pero si yo nunca...

—Eso importa poco. Yo soy el príncipe. Nadie cuestiona mi palabra. Y si insinuó mínimamente que se ha atrevido a tocar a mis chicas de un modo no profesional, podría acabar frente al pelotón de fusilamiento.

Mi corazón latía desbocado. Quería decirle que parara, que no hacía falta amenazar a nadie. Sin duda habría otras maneras de resolver aquel asunto. Pero sabía que no era momento de hablar. El doctor Mission tragó saliva, mientras Clarkson proseguía:

—Si valora su vida lo más mínimo, le sugiero que no se meta con la mía. ¿Está claro?

—Sí, alteza —respondió el doctor Mission, haciendo una rápida reverencia para zanjar el asunto.

—Excelente. Y ahora, ¿se encuentra Lady Amberly en buen estado de salud? ¿Puede retirarse a descansar cómodamente a su habitación?

—Llamaré a una enfermera para que le tome las constantes enseguida.

Clarkson, con un gesto, le dio permiso para que se fuera, y el médico obedeció.

—¿Te lo puedes creer? Debería librarme de él de todos modos.

—No. No, por favor, no le hagas daño —dije, apoyando la mano en el pecho de Clarkson, que sonrió.

—Quería decir enviarlo a otro destino, buscarle una posición adecuada en otro lugar. Muchos de los gobernadores tienen médicos privados. Algo así le iría bien.

Suspiré, aliviada. Mientras no muriera nadie...

—Amberly —me susurró—. Antes de que el médico te lo dijera, ¿sabías que quizá no pudieras tener hijos?

Negué con la cabeza.

—Me preocupaba la posibilidad. He visto algunos casos, donde vivo. Pero mis hermanos mayores están casados y ambos tienen hijos. Esperaba que yo también pudiera tenerlos —dije, y al final se me quebró la voz.

—No te preocupes por eso ahora —me consoló él—. Vendré a verte más tarde. Tenemos que hablar.

Me besó en la frente, en plena enfermería, donde cualquiera podía vernos. Todas mis preocupaciones desaparecieron, aunque solo fuera por un momento.

## Capítulo 11

—**T**engo un secreto para ti.

Me desperté con el susurro de Clarkson al oído. Era como si mi cuerpo supiera cómo responderle, y ni siquiera me había asustado. Más bien me había desperezado suavemente con su voz: era el despertar más dulce del mundo.

—¿De verdad? —Me froté los ojos y observé su sonrisa traviesa.

Asintió.

—¿Te lo cuento?

Respondí con una risita. Él volvió a acercar la cabeza a mi oído:

—Vas a ser la próxima reina de Illéa.

Eché la cabeza atrás para mirarle a la cara, buscando cualquier indicio que me dijera que era una broma. Pero lo cierto era que nunca le había visto tan tranquilo.

—¿Quieres que te diga cómo lo he sabido? —añadió, aparentemente encantado consigo mismo por la sorpresa que me había dado.

—Por favor —murmuré, aún incrédula.

—Espero que me perdones por haberos sometido a pequeñas pruebas, pero hace tiempo que sé lo que buscaba. —Cambió de postura. Erguí la cabeza, hasta quedarnos el uno frente al otro—. Me gustaba tu pelo.

Instintivamente me lo toqué.

—¿Qué quieres decir?

—No tenía nada de malo cuando lo llevabas más largo. Les pedí a varias de las chicas que se lo cortaran, pero tú fuiste la única que me dio la satisfacción de cortárselo más de tres centímetros.

Me lo quedé mirando, atónita. ¿Qué significaba eso?

—Y la noche que vine a buscarte para nuestra primera cita... ¿Lo recuerdas?

Claro que me acordaba.

—Vine tarde, consciente de que ya estarías lista para acostarte. Tú me dijiste que querías cambiarte, pero, cuando te dije que no, no discutiste. Viniste conmigo, tal como estabas. Las otras me echaron al pasillo y me hicieron esperar hasta vestirse. Es cierto que se dieron prisa, pero, aun así...

Me quedé pensando en ambas cosas un momento y confesé:

—No lo entiendo.

—Has visto a mis padres —dijo cogiéndome la mano—. Se pelean por tonterías. Les preocupan muchísimo las apariencias. Y, aunque eso es importante para el país, dejan que altere la poca paz que puedan tener, por no hablar de la felicidad. Si te pido

cualquier cosa, tú me lo das. No eres vanidosa. Tienes la suficiente seguridad en ti misma como para ponerme por delante de tu imagen, de cualquier cosa. Lo sé por cómo recibes cualquier petición que te haga. Pero es más que eso...

Respiró hondo y se quedó mirando nuestras manos, como si estuviera decidiendo si decírmelo o no.

—Has guardado mis secretos. Te aseguro que, si te casas conmigo, habrá muchos más secretos que guardar. No me juzgas ni pareces agitarte demasiado. Me das paz.

—Sus ojos buscaron los míos—. Busco la paz desesperadamente. Creo que eres la única oportunidad que tengo de conseguirla.

—¿El centro de tu tormenta? —dije yo, sonriendo.

Él suspiró, aliviado.

—Sí.

—Me encantaría ser eso para ti, pero solo hay un pequeño problema.

Él ladeó la cabeza.

—¿Tu casta?

—No. —Eso se me había olvidado—. Los hijos.

—Oh, eso —dijo él, casi como si se lo tomara a broma—. No me preocupa lo más mínimo.

—Pero tienes que tener un heredero.

—¿Para qué? ¿Para seguir con la línea sucesoria? Estás hablando de darme un hijo. Supón que conseguimos tener descendencia y es una niña. No tendría ninguna posibilidad de heredar la corona. ¿No crees que hay alternativas para eso?

—Yo quiero tener hijos —murmuré.

Él se encogió de hombros.

—No hay garantías de que los tengas. Personalmente, a mí no es que me encanten los niños. Creo que para eso están las niñeras.

—Y vives en una casa tan grande que nunca oirías a uno si levantara la voz.

Clarkson chasqueó la lengua.

—Es cierto. Bueno, en cualquier caso, eso para mí no es ningún problema —dijo.

Parecía tan tranquilo, tan despreocupado, que le creí. Así que, de pronto, me quité de encima el peso de toda aquella preocupación. Los ojos se me humedecieron, pero no me permití verter ni una lágrima. Me las guardaría para más tarde, para cuando estuviera sola.

—Para mí el problema es tu casta —confesó—. Bueno, no tanto para mí como para mi padre. Necesitaremos tiempo para estudiar cómo afrontar eso, lo que significa que la Selección puede durar aún un tiempo. Pero confía en mí —dijo, acercándose más—: tú serás mi esposa.

Me mordí el labio, demasiado contenta como para creer que aquello pudiera ser verdad.

Me colocó un mechón de cabello tras la oreja.

—Tú serás lo único en este mundo que es mío de verdad. Y te voy a poner en un

pedestal tan alto que será impensable que alguien pueda no adorarte.

Meneé la cabeza, embriagada de felicidad.

—No sé qué decir.

Me dio un beso rápido.

—Di que sí. Así practicas. Cuando llegue el momento, quiero que estés lista.

Apoyó su frente en la mía y guardamos silencio un momento. No podía creer que aquello fuera de verdad. Clarkson había dicho todas las palabras que yo esperaba oír: «reina, esposa, adorar». Los sueños que había atesorado en mi corazón se estaban volviendo realidad.

—Deberías dormir un poco más. Ese ataque de hoy ha sido uno de los más crueles hasta el momento. Quiero que te recuperes del todo.

—Como quieras.

Me pasó un dedo por la mejilla, contento con mi respuesta.

—Buenas noches, Amberly.

—Buenas noches, Clarkson.

En cuanto se fue, volví a meterme en la cama, pero sabía que no podría dormir. ¿Cómo iba a hacerlo, con el corazón latiéndome con aquella fuerza y la mente desbocada, pensando en todos los escenarios posibles de nuestro futuro?

Me levanté despacio y fui al escritorio. Solo se me ocurría un modo de sacarme aquello de dentro.

*Querida Adele:*

*¿Me guardas un secreto?*



KIERA CASS (EE UU, 1981). Nació y creció en Carolina del Sur. Se graduó por la universidad de Radford en Historia y en la actualidad vive en Blacksburg, Virginia, con su familia.

Kiera Cass es conocida por sus libros dedicados a la literatura para jóvenes adultos, principalmente por las novelas de la serie *La Selección*.

También autopublicó la novela de fantasía *The Siren* (2009), que todavía no ha sido traducida al castellano.

En su tiempo libre le gusta leer, bailar, hacer videos y comer grandes cantidades de pastel.